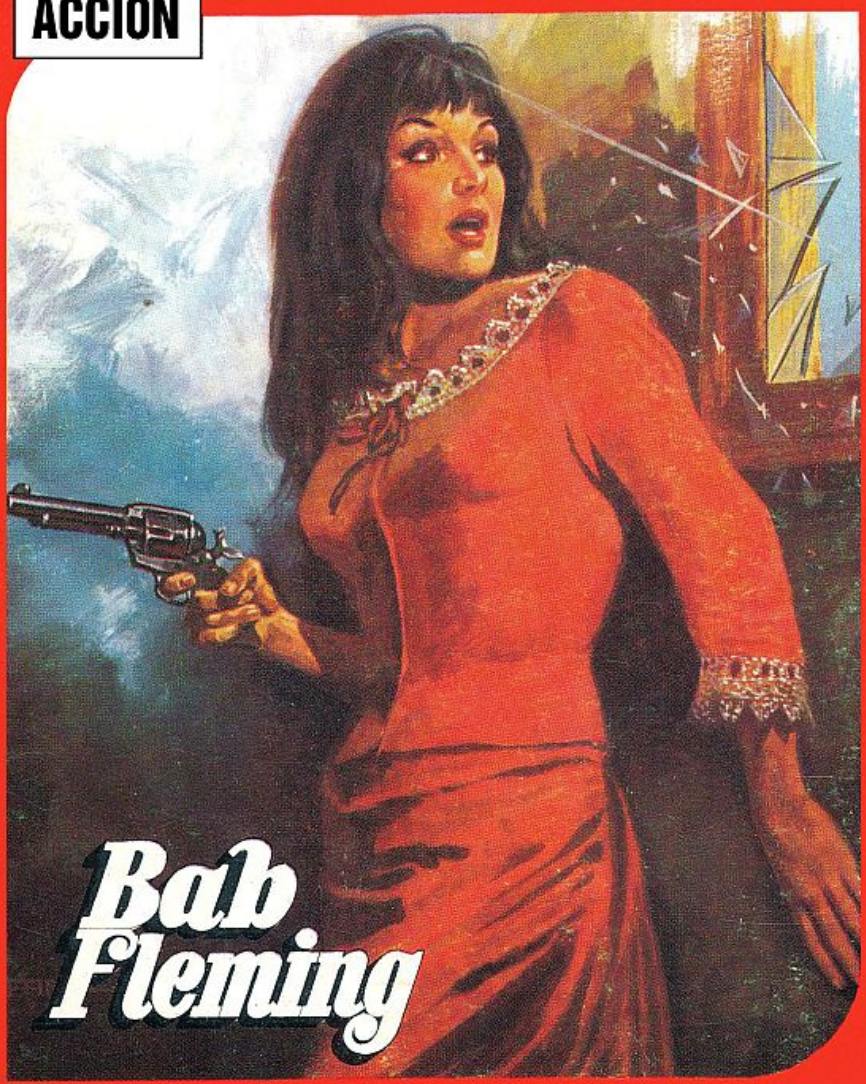
TAM - TAM

BRUGUERA

BOLSILIBROS

ACCION

LA BELLA FATIMA AL-MAHIA



Bob Fleming

LA BELLA FATIMA AL-MAHIA

TAM-TAM Nº 83

Perteneciente a la Colección PULP aportada por Minino Gris

©1984, Fleming, Bab
©1984, BRUGUERA, S. A.
ISBN: 9788402092786
Generado con: QualityEbook v0.84

LA BELLA FATIMA AL-MAHIA

Bab Fleming

Colección TAM-TAM n.° 83
Publicación quincenal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5 - Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

78 — *EL tesoro del Titanio*, Ronald Mortimer.

79 — *Diamantes en bruto*, Adolf Quibus.
80 — *El secreto de la esmeralda*. Alan Parker.
81 — *Excursión al infierno*, Ronald Mortimer.
82 — *Jeroglífico*, Frank Caudett.

ISBN 84-02-09278-0
Depósito legal: B. 9.568-1984
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición en España: abril, 1984
1ª edición en América: octubre, 1984

© Bob Fleming - 1984 texto
© Sampere - 1984 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N- 152, Km 21,650)
Barcelona 1984

CAPÍTULO PRIMERO

LORD JAMES Rampling dejó oír su risa contagiosa y burlona.

Su secretaria, miss Sheen, que revisaba el archivo histórico, giró la cabeza hacia él.

La biblioteca del aristócrata ocupaba el ala norte de un soberbio edificio del siglo XIX, erigido en el viejo distrito de The Mall.

Era un aposento grande, de maderas nobles y vidrieras de colores. Del techo colgaba una monumental araña de cuarzo.

La risa de milord era motivada por la lectura de un manuscrito que le había facilitado su librero habitual de Portobello.

—¿Ha encontrado algo interesante en el libro, sir? —interrogó la secretaria, interpretando la sonrisa de su principal.

—Pues, si —repuso—. Hay la confirmación de una vieja teoría naturalista que los zoólogos de hoy han rechazado por completo.

Rampling era un hombre arrogante, de unos cuarenta años muy bien llevados sobre los hombros.

Su fortuna no podía calcularse porque como él mismo comentaba en determinadas ocasiones….

«Soy el último vástago de una gran familia de difuntos.»

En efecto, sus padres, abuelos, y algunas importantes líneas colaterales, habían perecido en diversas catástrofes aéreas ocurridas en distintas partes del mundo.

Heredó a todos ellos.

—¿Qué teoría, milord?

—Verá. El manuscrito está escrito en francés y es obra de un ayudante del general Faidherbe que impulsó el esplendor de San Luis antes de inaugurarse la línea ferroviaria con Dakar en 1883. Se trata del capitán Philippe Moráis, explorador de los territorios que hoy conforman Senegambia. Mali. Alto Volta y Guinea Bissau… El capitán

habla de un cementerio de mamuts en la página doce y por lo tanto….

—¿Ha dicho mamuts, milord? —le interrumpió la secretaria, asombrada—. ¿En el paralelo 15?

—Está claro que el capitán confunde aquí los mamuts con los elefantes, porque todo esto es obra de un famoso picapleitos del Temple, llamado Martin J. Attenborough, que apuesta siempre conmigo y pierde.

—No le entiendo, sir.

—Ya me entenderá más adelante - sonrió el aristócrata con indulgencia—. Por el momento sepa usted que el capitán afirma que descubrió uno de estos cementerios en la isla de Marfil, siguiendo las tradiciones indígenas; y otro, mucho más importante, aguas arriba del Senegal… casi en sus fuentes sagradas. Asegura que hay un gran depósito de restos. Mi interés se concentra ahora en fingir que me trago la historia del manuscrito y que quiero encontrar este cementerio a toda costa.

La secretaria se sentía desbordada.

—¿No es una apuesta absurda, milord?

—Puede que sí —aceptó el aludido—. pero Attenborough va a pinchar otra vez en hueso, ¿comprende?

—En absoluto.

—Da lo mismo, miss Sheen —repuso, soltando una jovial carcajada —. pero nos vamos a divertir mucho. Es lo único que importa en esta vida, ya de por si cargada de problemas. «Es un hombre tan extraño como original», murmuró la mujer para sus adentros. Llevaba cuatro meses trabajando con él.

Pero, naturalmente, se lo calló.

* * *

Martin J. Attenborough estaba tomando cerveza en el pub Georges Inn una antigua y famosa posada de la época de Dickens en compañía del detective privado Jerry Spielberg, colaborador del abogado en causas criminales.

Attenborough era dos años más joven que Rampling y también huérfano de una gran familia de aventureros que amasaron su fortuna en los tiempos imperiales, cuando Inglaterra era el ombligo del mundo.

Hombre rico realmente, que aun lo hubiera sido más si su padre no perdiera las propiedades que poseía en Escocia en extravagantes

apuestas. Martin había heredado esta inclinación paterna ya que el juego constituía un factor esencial en la sangre de los Attenborough.

Amante del riesgo y de la aventura, como sus ante pasados, abandonaba con frecuencia su oficina jurídica para trasladarse a Africa que consideraba uno de los continentes más fascinantes de la Tierra.

Spielberg se encaró con el abogado interrogando incrédulo:

—¿Dice que Rampling se tragó las falsas exploraciones del capitán Moráis?

—Totalmente —confirmó éste—. Discutimos este punto en el The Old Xiphias. Los dos somos socios de este club en el que nos reunimos habitualmente por las tardes.

—¿Y apostaron?

—Un millón de libras esterlinas.

El detective abrió la boca como una ballena.

—¡Ehhhhh…!

—Contradije a Rampling y le manifesté que no creía que existieran cementerios de proboscidios ni en Africa ni en Asia. ¡Diablo! —se rió—. ¡Le descubrí el farol!

Pero Spielberg continuaba boquiabierto sin poder masticar la fabulosa y descabellada apuesta de milord.

—¡Este hombre tiene más dinero que Creso! —sólo se le ocurrió decir.

—Lo tiene —convino Attenborough— pero no se trata de esto.

—Ah, ¿no?

—Lo importante es saber quién de los dos engaña a quién

* * *

Un individuo suscrito al *Sunday Express* profirió una exclamación de asombro leyendo un suelto de este periódico.

—¡Fátima! —gritó excitado—. Ven aquí.

La aludida era una mora mauritana del Sáhel que hacía *strip-tease* en un cabaret de tercera categoría del Soho. Una mujer muy joven, muy bella y escultural. A sus diecisiete años había recorrido parte de las cuencas del Senegal y del Niger, como en una forzosa trashumancia del sexo.

¿Que cómo llegó a Londres y conoció a MacNicol, su actual «protector»? Carecía de importancia.

Algunas mujeres son como las hojas caedizas que mueve la ambición

del viento. Hoy están aquí y mañana en las antípodas.

Fátima Al Mahia era una de ellas. Una mujer extraordinaria.

Abandonó la cama envuelta en un ligero salto.

Las dos de la tarde. Siempre igual. Trabajaba desnuda hasta altas horas del amanecer.

—¿Qué quieres, amor? — bostezó.

—Acércate y lee.

Le puso el *Sunday* ante los ojos, y, con el dedo, le señaló el suelto que venía en tercera plana.

La mora, que en seis meses había hecho grandes adelantos del idioma inglés, deletreó las líneas impresas y tuvo que agarrarse a una vieja cortina para no caerse.

Llamearon sus ojos negros y rasgados.

—¡Un millón de libras! —silbó, palideciendo—. ¡Y pensar que Martin J. Attenborough ganará esta apuesta a costa de tu talento!

—Bueno…, —se defendió el granuja— me pagaron el trabajo, ¿no?

—Cinco mil libras… ¡bah!

—Ya lo sé —gruñó con el semblante emborrascado— ¡una mierd….!

Fátima se dejó caer sobre las piernas de su «protector», abriéndole el salto….

—Escucha….

Le superaba en inteligencia y lujuria.

Tras arrebatarle de lúbricos deseos le destiló al oído lo que tenía que hacer… Gota a gota.

Hasta las siete de la tarde no consiguió MacNicol comunicar con Jeff Keats, un «levantador de muertos» que operaba por los casinos del West End, «levantando» cada noche lo que podía.

—Voy volando para tu casa —gritó Keats nerviosísimo.

En efecto, se tiró a la calle, llamando un taxi.

—Al 80. Westbourne Grove.

* * *

Attenborough se había quedado solo en la oficina porque esperaba la visita de una señora.

El sol brillaba nítidamente aquel mediodía en la capital británica, disipando las obligadas nieblas otoñales.

Fue entonces cuando hojeó el *Sunday* reparando en el suelto que

había hecho insertar

Rampling. Le pareció una publicidad excesivamente escandalosa, que como tantas otras veces, pondría en vilo a sus amigos comunes.

Reflexionaba sobre esto cuando sonó el timbre de la puerta.

—Es lady Pamela dijo—. Una encantadora mujer.

Pero al abrir la puerta tensó inmediatamente las facciones.

—¿Tú, MacNicol?

—Servidor.

—Y ¿éste?

—Soy Jeff Keats —dijo el aludido, inclinándose como si estuviera ante una ruleta e intentara «levantar» la apuesta de otro aprovechando una distracción del *croupier*—. Soy bastante conocido en los círculos socia les del West End.

Attenborough les franqueó la entrada.

—Adelante, chicos. No dispongo de mucho tiempo.

Les llevó a una salita muy confidencial.

Antes de tomar asiento, MacNicol preguntó con reluctancia:

—¿Estaba leyendo el *Sunday Express*, míster?

Attenborough soltó la carcajada. Lo llevaba en la mano.

—Eres un lince —se mofó.

—Ya ve usted.

—En fin. ¿Qué te trae por mi oficina, hombre? — y observando al pálido y afilado Keats, agregó—: ¡Y tan bien acompañado por tu amigo!

—Dinero.

—¿Acaso te han hecho recaudador de impuestos?

—Pensaba en el manuscrito del capitán Philippe Moráis.

—¿Qué pasa con él?

—Que vale mucha pasta.

—¿Para quién?

—Para todos los que intervenimos en su elaboración. —Te di cinco mil libras por tu trabajo.

—Poco.

—¿Poco?

—Estuve dos meses consagrado al asunto.

—Cierto, míster —corroboró Keats—. Yo le compraba las plumas de ave y la tinta para que él no levantase las nalgas del taburete.

Attenborough encendió un cigarrillo.

Dijo glacialmente:

—Concertamos un precio.

—Los precios son flexibles.

—¿Estás seguro?

—Si median plusvalías.

—¿Qué clase de plusvalías?

—Las que ha aceptado lord Rampling. Un millón de libras si no se ha equivocado el linotipista del *Sunday*.

—Este es un asunto entre Rampling y yo.

—No lo considero así.

—¿Chantaje?

MacNicol rechazó enérgicamente esta suposición.

—Reajustes presupuestarios. Cuando acepté este trabajo pasaba por un momento muy malo, ¿comprende?

—Estaba a punto de morirse de hambre —intercaló Keats.

Attenborough no hizo caso de la burla de este último. Estaba analizando al pendolista[1]. Interrogó:

—¿Cuánto piensa sacarme?

MacNicol hizo ver que reflexionaba para poner un precio justo y no pasarse.

—Cien mil.

—¿Peniques?

—Celebro su buen humor. Libras esterlinas, míster.

El abogado no se inmutó.

—Ya puedes largarte dijo.

—¿Con las manos vacías?

—Eres un chico listo.

—Porque lo soy —roncó MacNicol— me pregunto si le gustaría a lord Rampling informarse de la combinación que hubo entre usted y el librero de Portobello para endosarle el manuscrito a miss Sheen.

—Ya. Continúa.

—Y saber que el único capitán Philippe Moráis que hay en esta historia soy yo. Alan MacNicol, vecino del 80, Westbourne Grove. ¿Le gustaría eso, señor?

—¿Has terminado?

—Por el momento.

—¿Esperas alguna respuesta?

—Digamos.

Con un movimiento velocísimo de cintura. Attenborough disparó el puño contra el rostro de MacNicol. El granuja voló por la sala y se estrelló contra una pared quedando medio atontado.

—¡Levántate! —gritó Martin—, ¡Maldita sea! ¡Me entran ganas de arrojarte por el tubo del ascensor!

Pero….

—Mejor que se lo piense dos veces, míster.

El «levantador de muertos» le apuntaba con un arma corta como los viejos Derringer que usaban los tahúres de saloon en tiempos de Billy *el Niño*.

Por su parte. MacNicol sangraba por la boca a con secuencia del tortazo. También comprobó que el colmillo derecho le bailaba un lastimoso cancán y que pronto iría a parar al cubo de la basura.

—Puede costarle muy caro amenazó ronco.

—¿Piensas quejarte a Scotland Yard? —se burló el abogado.

—Ríase, pero demostraré que su apuesta con lord Rampling es una estafa —masculló el pendolista lleno de veneno—. ¡La estafa de un millón de libras esterlinas!

—¿Quién te va a creer, rata?

—Probaré que el manuscrito es caligráficamente mío y que además lleva el sello y la firma del comerciante de Portobello.

—Pero el manuscrito lo tiene lord Rampling y a éste no le interesa lo que tú le digas porque ni siquiera te recibirá en su casa. ¡Bah! —exclamó despectivo— ¡Eres un perfecto imbécil, MacNicol!

El granuja calló, pero en contra de las afirmaciones de Attenborough estaba seguro de que podía hacerle daño. Pensaba, concretamente, en el descrédito que su pondría para el librero de Portobello que incluso vendía incunables[2] a los coleccionistas de Londres el hecho de que apareciera en la prensa el turbio origen de las memorias de Philippe Moráis. Tampoco el abogado del Temple quedaría muy bien parado ante la opinión pública sensata.

De forma que con independencia de las imprevisibles reacciones de James Rampling quedaban otras bazas en pie. Bazas que no había previsto Attenborough o que simplemente se las callaba.

Claro que para moverse en cualquier sentido hacía falta recuperar el manuscrito en cuestión porque llevaba la firma y el sello de Malcolm Stiébeck, librero de antigüedades de Portobello. Cualquier duplicado que hiciera MacNicol carecería por lo tanto de autenticidad y podrían llevarle a la cárcel acusado de fraude.

El pendolista se encaró con Jeff Keats, adoptando una actitud rencorosa, pero a la vez resignada, que no engañó al abogado, y murmuró:

—Vámonos de aquí.

El «levantador de muertos», que conservaba la pistola en la mano, gruñó:

—¿Sin vengarnos?

—De momento todo está dicho… —Y a modo de despedida, agregó —: Si cambia de parecer, míster Attenborough, ya sabe dónde encontrarme.

—De acuerdo —repuso éste—. Te mandaré rosas en cada aniversario.

Sin mediar otra cosa de interés, el abogado cerró la puerta a espaldas de los visitantes. Pero al quedar solo, masculló enfadado:

—El vanidoso de James Rampling me ha creado complicaciones innecesarias con este miserable falsificador de documentos.

A continuación, disco el número de Spielberg y le puso al corriente de los hechos.

El detective le escuchó atentamente.

—A partir de ahora controlaré los pasos de este granuja repuso Será difícil que se me desmarque va ya a donde vaya.

—*All right*. No lo pierdas de vista. Jerry, y tenme al corriente de todo lo que averigües. —Lo haré sin pérdida de tiempo.

Attenborough cortó la comunicación.

Minutos después recibía la visita de lady Pamela Wood, una de las mujeres más elegantes y complacientes del amplio distrito de la City of Westminster.

Capítulo II

LORD RAMPLING salía de su casa a partir de las cuatro de la tarde, ya que en Londres se comportaba como un inglés más ordenado y metódico.

Normalmente, visitaba a la dama de turno. Tenía fama de galante y caballeroso con las mujeres, y cuando no, se iba a divertir con los amigos en el club.

De todas estas cosas y otras referidas al plano de la vivienda se había enterado MacNicol a través del jardinero de la mansión, un borrachuzo impenitente.

Keats se presentó en la morada del aristócrata a las cuatro y media de la tarde.

Al abrirle la doncella, preguntó:

—¿Sir James Rampling, *please*?

—Milord no está en casa —contestó la chica.

—Ah, ¿no?

—Raramente le encontrará a estas horas, señor.

—Entonces le dejaré mi tarjeta.

Jeff llevó la mano al bolsillo interior de la americana y la sacó armada de una botellita que dirigió al rostro de la muchacha en forma de *spray*. Cayó fulminada.

Eso marcha rezongó Keats, sujetando a la chica y evitando que se descalabrase.

Luego la ató y amordazó para que no alborotara al despertar.

Finalmente, abrió la puerta dando paso a MacNicol. El pendolista se mostró satisfecho, pero no perdió tiempo en manifestarlo Tenía que

alcanzar las dependencias de la servidumbre y anular al mayordomo Thompson y a la cocinera Annette, que se reunían en secreto en la habitación del primero.

En efecto, encontró a la pareja en la cama y el jardinero no le había engañado. La cocinera debía pasar lo muy bien ya que no paraba de suspirar debajo del respetable cuerpo del mayordomo.

También fue la primera en darse cuenta de que había penetrado un intruso en el dormitorio.

Se puso a chillar como una loca.

—¡Cállese o le agujereo la piel! ¡Maldita sea! —bramó a su vez MacNicol, esgrimiendo una pistola. — ¡Pondrá en pie a todo el barrio!

—¿Pero quién… quién?

—¡Silencio! —repitió el pendolista. Y groseramente—: Mejor que aproveche el tiempo para ponerse algo encima que está que sonroja a los muertos… ¡Vaya trasero!

—¡Desvergonza… do! —balbució, sofocadísima.

El mayordomo aún no había abierto la boca porque tenía un nudo en la garganta. Era un hombre educado y pacífico y jamás se imaginó que pudiera pasar por una situación semejante.

MacNicol señaló:

—Tengo que hablar con la secretaria de Rampling.

Esto desconcertó aún más a Thompson. No comprendía que para hablar con miss Sheen fuese necesario montar aquel espectáculo.

Está arriba, en su despa….cho —tartamudeó.

Apareció entonces Jeff Keats arrastrando a la doncella que todavía no había vuelto en sí. La sensible Annette se puso a chillar de nuevo:

—¡Mary! ¡Mary….! ¡Oh! ¡La han matado!

—Diga que alguna servidumbre es muy delicada —roncó despreciativamente el «levantador de muertos»—. ¡puaf!

Pero la cocinera ya se había arrodillado junto a la chica a la que desabrochaba el uniforme y le quitaba el sostén para que pudiese respirar sin ninguna traba.

MacNicol calculaba los segundos con avaricia. Se encaró con su compinche y….

—Quédate en la habitación hasta mi regreso. Keats —ordenó—. Pero si algo sale mal ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Despachas a las mujeres!

Oído lo cual. Thompson estuvo a punto de desmayarse. Tragando

saliva, tartajeó: —Confíe en… en mí.

—Pues, andando.

—Voy desnudo.

—¡En marcha!

Barbotando incoherencias, el abochornado Thompson tomó el camino de la primera planta y se cuadró majestuosamente ante la puerta de miss Sheen.

Llamó con los nudillos mientras bajaba una mano al pubis para taparse.

—Thompson, señora —se anunció.

—Adelante.

El grito de asombro de miss Sheen se oyó en Salisbury. Jamás había pensado ver al mayordomo de forma tan íntima y confidencial.

—¿Qué grosería…?

No pudo terminar la frase.

—Yo se lo explicaré, muñeca.

MacNicol acababa de hacerse visible saliendo de detrás del criado, mucho más alto y grueso que él.

—¡Usted….! ¿Quién es?

—No perdamos el tiempo en presentaciones y ceremonias — roncó el pendolista—. Hoy he venido para otra cosa.

—¡Es un atrope….llo!

—Corriente.

Miss Sheen no cesaba de mirar a Thompson —que procuraba taparse la reliquia de Adán con ambas manos—, y al tipo de la pistola.

Sacando fuerzas de flaqueza, preguntó a este último:

—¿Qué busca aquí?

—El manuscrito del capitán Philippe Moráis. ¿La he complacido?

—Me niego a entregarlo.

—Está en su derecho —se burló el bergante—, pero a costa de la doncella y la cocinera de la casa que se encuentran encañonadas por mi compañero, un hombre muy excitable que puede asesinarlas en cualquier momento.

—¡Las matará, las matará…, miss Sheen! —gimió el mayordomo, desesperado— ¡Este individuo está loco!

Aunque ignoraba los motivos del atraco, miss Sheen comprendió que debían ser importantes ya que la ponían entre la espada y la pared. Naturalmente, optó por la pared.

—Le entregaré lo que me pide.

—Demostrará que es una mujer de juicio —se cachondeó MacNicol —, y un modelo de secretaria.

Roja de indignación, la aludida se encaminó a la biblioteca de la casa, seguida por ambos hombres. De un cajón extrajo el manuscrito forrado con una vieja y roñosa piel de impala.

—¡Tenga!

El granuja reconoció en el acto su obra y sonrió con orgullo. Attenborough sabría ahora quién era él.

—All right —*exclamó.*

—¿Se marchará por fin?

—¡Júrelo, princesa! —dijo. Y con reluctancia— ¿Contenta?

—¡Váyase!

Minutos después, tanto la cocinera como Mary, el señor Thompson como la secretaria de milord, quedaban encerrados en un aposento del sótano junto a las calderas y los tubos de la calefacción.

Annette aprovechó un trozo de plástico e hizo un faldellín para el mayordomo que tapó así su ofensiva desnudez.

* * *

Cuando MacNicol y Jeff Keats volvieron a pisar la calle, trazada en tiempos de los Estuardos, no consiguieron ser tan felices como el éxito de la empresa pronosticaba. Marchaban apresuradamente hacia Trafalgar Square y la National Gallery cuando fueron abordados por dos hombres escondidos entre unos sauces de Babilonia.

Sin mediar palabra. Jerry Spielberg se lanzó sobre el pendolista propinándole un fenomenal sopapo. El falsificador rodó por el suelo soltando terribles maldiciones, pero al intentar incorporarse y responder a la agresión fue tumbado de nuevo con un golpe de karate.

—¡Diab….!

Rebotó de cabeza contra el pavimento y se sumió en la inconsciencia.

A Keats tampoco le fue mejor. A punto de sacar la pistola, le conectaron un golpe al mentón que le levantó del suelo y le puso en estado de ingravidez, pero al regresar a la tierra, fue recibido con un derechazo al plexo solar que le dejó el cerebro en blanco, y punto.

Todo esto había ocurrido a cámara loca.

—Buen trabajo. George —gruñó el detective.

—Eran de mantequilla, jefe —se rió el aludido.

—Llevémosles a los parterres.

Lo hicieron, quitándoles las pistolas, y, sobre todo, el manuscrito de Philippe Moráis. Luego los ataron al tronco de los salicáceos de tal modo que vistos desde el centro del elegante paseo, podían confundirse con dos ecologistas dormidos bajo el verde llanto de los sauces….

* * *

Attenborough echó a las llamas el librito forrado con piel de impala que acababa de entregarle Jerry Spielberg. Observó cómo las lenguas de fuego que bailaban en la chimenea se iban apoderando del documento que tanto deño hubiera podido causar en manos de un chantajista como MacNicol.

Conforme el manuscrito se iba convirtiendo en cenizas, el abogado levantó su copa de *sherry*[3] y miró triunfalmente al detective que le imitó, correspondiendo al brindis que aquél le proponía.

—Acabamos de incinerar dijo Attenborough el cuerpo de Philippe Moráis.

—Por los siglos de los siglos… —repuso Spielberg— Que Dios se apiade de sus trampas.

A partir de aquí, ya no volvieron a hacer referencia al asunto sino que saltaron a otros temas.

—¿Cuándo parte usted de Londres?

—Pasado mañana. Rampling me espera en Chatham comprobando la puesta a punto del nuevo yate que ha comprado para esta expedición.

—¿Chatham?

—En el estuario, cerca de Rochester.

Spielberg asintió con la cabeza y soltó la carcajada.

—¡Y a cobrar el medio millón de libras! —exclamó.

—Siempre con el permiso de milord —rectificó Attenborough—. No podemos olvidar que James Rampling es un condenado zorro, desde que le dio el pecho la nurse.

* * *

En el segundo piso del 80. Westbourne Grove….

—¡El chantaje se nos ha venido al suelo! —gruñía MacNicol, explicando a Fátima cómo habían sido puestos fuera de combate en The

Mall.

Jeff Keats no estaba de acuerdo. Interrogó:

—¿Por qué no vamos a Africa e intentamos secuestrar a estos personajes con la ayuda de algunos granujas negros? Los ojos de Fátima brillaron de un modo especial.

—¡Hombre! —exclamó MacNicol—. ¿Y qué?

—Exigiríamos rescate por su libertad.

El pendolista saltó de la silla, electrizado.

—¡Es la mejor cosa que he oído de unos años a esta parte!

Keats sonrió halagado y se encaró con la mora.

—¿Qué te parece a ti, nena? —preguntó—. ¿No procedes del Sáhel mauritano?

—Sí.

—Fronterizo con el río Senegal, ¿verdad?

—Casi.

La muchacha no quería definirse sobre el pasado. Una cosa, no obstante, era evidente para ella: MacNicol y Keats se habían comportado como dos inexpertos al dejarse sorprender con el manuscrito en la mano. Ella jamás hubiera salido por la puerta principal de la casa del lord sino deslizándose por la trasera del inmueble, máxime después del frustrado chantaje a Martin Attenborough, cuya reacción tenía que dejarse sentir de algún modo.

Comprendió también que la idea de secuestrar a Rampling y al abogado entrañaba muchos riesgos —incluso diplomáticos—, que había que tener en cuenta.

En cambio, le parecía que aquel par de caballeros podían ser atacados desde otro flanco mediante la intriga de unas faldas que pusieran a prueba su sentido del honor y su orgullo socio racial de saberse ingleses y multimillonarios. La inteligente Fátima había sospechado siempre que debajo de las extravagancias y del esnobismo de los dos personajes, se escondía cierta inmadurez antojadiza, es decir, una especie de adolescencia mental.

Cabalgando sobre estas ideas, la privilegiada y calenturienta imaginación de Fátima encontró la clave de los acontecimientos tal y como tenían que desarrollarse en Africa, según su criterio. Pero se lo calló.

Y se lo calló porque en Podor, ciudad ribereña del Senegal tenía a un amigo, a un viejo gavilán….

Soltó una carcajada cristalina como su voz.

—¿De qué te ríes? —interrogó MacNicol.

—De lo listos que sois mintió la mora.

El trío se puso febrilmente a buscar dinero para adquirir pasajes aéreos con destino a Dakar.

Tenían que anticiparse a los otros, que viajarían en el lujoso yate de Rampling, atracado en los andenes marítimos de Chatham.

* * *

Por su parte, el satisfecho Martin Attenborough librado ya completamente del miserable pendolista que quiso lucrarse a su costa reflexionaba ante un Remy Martin y junto a la chimenea del salón de su casa.

Trataba de adivinar los pensamientos de James Rampling que tan alegremente se embarcaba para el continente negro en busca de un estrafalario cementerio de marfil. Las horas iban cayendo lentamente del alto Big Ben mientras la ciudad se envolvía en el espeso smog[4] del atardecer.

Alguien podía pensar que el tedio inglés se cultivaba en las artísticas horas del invierno londinense.

Se quedó dormido.

Capítulo III

EL *Ramp* era una embarcación marinera, moderna y confortable.

En menos de seis días tras hacer escalas en Setubal. Las Palmas y Port Etienne — evitando siempre la turbulenta costa saharaui—, se plantaron al mediodía del séptimo en los muelles de Dakar.

Ya en la capital senegalesa contactaron con una agencia de viajes para contratar personal indígena dispuesto a remontar el río. Este quedó concertado como un cóctel étnico: un guía *sarakolé*, cuatro remeros *toucouleurs* y dos muchachas *peuls*, de pechos redondos y morenos al aire libre….

* * *

El *Ramp* viajó sobre sus pasos hasta los muelles de San Luis. Unas ciento cuarenta millas de crucero raseando la costa.

Una vez en la ciudad —conocida como la Nueva Orleáns de Africa— el guía sarakolé compró a los pescadores del barrio de Guetntout dos grandes piraguas de colorines por un precio realmente alto tratándose de simples árboles vaciados de acuerdo con las tradiciones indígenas. El turismo había despertado la codicia de las gentes.

El propio guía preguntó con recelo:

—¿Les parecen caras, «misiús»?

—Olvídalo, chico —se desentendió Attenborough.

El encanto africano residía en esto. Tomar contacto directo con la naturaleza. Al menos, para los dos ingleses.

Así pues, si nada lo entorpecía, viajarían en piraguas ancestrales a lo largo del legendario «Río de los Cocodrilos» hasta los bosques sagrados

de Fouta Djallon en los orígenes de sus fuentes.

Abría la marcha Rampling con miss Sheen. Detrás de esta piragua marchaba Attenborough con las jóvenes peuls de los pechos redondos y granados, que además eran muy simpáticas y dulzonas, y al sonreír mostraban sus blancas dentaduras como si empezase allí el verdadero «reino del marfil».

Las barcas se deslizaban bien contra corriente. Los bateleros paleaban el agua sin dificultad, tarareando tonadillas francesas de los últimos elepés de París.

La secretaria del lord, que había permanecido calla da desde que salieron de Chatham, ya no se pudo contener.

—Todavía no comprendo, sir —exclamó— por qué ha apostado usted con el señor Attenborough si sabe que no puede ganar.

—Nuestras apuestas vienen de familia —replicó Rampling con naturalidad—. Por ejemplo, el padre de Attenborough perdió en favor del mío las propiedades que tenía en Escocia, que eran muchas y muy importantes, porque no consiguió encontrar un fantasma del siglo XII que se había extraviado por los acantilados de John o'Groats.

Aun admitiendo que Rampling utilizaba símbolos satíricos al hablar —ya que de otra forma hubiera resultado demencial— miss Sheen se pasó una mano por la nuca que le dolía.

—Es realmente asombroso —dijo.

Rampling atascó la pipa, imperturbable.

—Mire usted —recicló— yo hubiera podido romper la apuesta con Martin después del robo del manuscrito, ya que sin el plano de la zona no podía llevarle al «cementerio de elefantes» supuestamente descubierto por Moráis, ¿comprende? Había muchas cosas a mi favor para intentar romper el trato.

—¿Hubiera accedido su contrincante?

—¡Ni lo pienso! —refutó Rampling riendo—, Pero yo tampoco lo deseaba. Por eso no denuncié el robo a la policía. Sospecho, sin embargo, que el manuscrito haya vuelto a manos del granuja que lo escribió por encargo de Martin y que ahora quiera chantajear a éste sabiendo que ha apostado un dineral conmigo. La apuesta ha sido anunciada en todos los periódicos de la capital. Pudo enterarse.

—¿Se preocupa usted del señor Attenborough después que ha pretendido engañarle?

—Entendámonos —repuso—. Yo quiero que Martin pierda la apuesta, pero de caballero a caballero, compitiendo conmigo. Lo que no

tolero es que un miserable bribón quiera aprovecharse de las circunstancias —se quitó la pipa de la boca y remató con la máxima seriedad—: Es una cuestión de principios.

A la secretaria volvió a dolerle la cabeza. Le parecía absolutamente desquiciante que dos hombres cultos, adinerados y respetables, se hicieran toda clase de trampas y se sometieran a las pruebas más extravagantes para robarse las libras esterlinas, y, encima… ¡con honor!

Pero aquélla era la realidad.

—En este caso, sir —se lamentó por él—. vaya despidiéndose del millón de libras porque no encontrará ningún cementerio de proboscidios a lo largo del río Senegal.

—Ah, ¿no?

—¡Usted lo sabe!

—Se equivoca.

—Pero, milord… ¡esto es un juego de palabras!

Rampling aspiró el humo de la picadura inglesa y dirigió la vista al cielo inmenso.

—Deje que transcurran los días con lentitud y que lleguemos a las milagrosas aguas del Bafing —repuso cabalísticamente—. Africa es tierra de brujos y de iluminados y a mí se me dan bien las cosas de magia.

Y estalló en una alegre carcajada que ahogó la sirena del *Bou el Mogad*, el barco que partiendo de los muelles sanluisinos remonta el río hasta Podor, trasladando personas —en su mayoría turistas— para que admiren las bellezas de aquella parte del Africa occidental.

Capítulo IV

LOS sinvergüenzas se reúnen doquiera que se hallen y cualquiera que sea el color de la piel.

La bella Fátima Al Mahia empezaba a desvelar su pasado. La mujer tenía un «gancho» en Podor, una verdadera alhaja….

Pero como por otra parte quería convertirse en protagonista de aquella historia —al margen de los arrebatos y las ideas de MacNicol y su compinche— necesitaba el apoyo del «gancho» para salirse con la suya sin levantar la menor sospecha.

A tal fin fue en su busca….

Se encaminó a un solitario callejón de los suburbios, un argelino ejercía allí de alfarero en un obrador de barro, pero el alfar era una cueva de ladrones ya que el dueño profesaba como tal y sus empleados también.

El fingido fabricante de vasijas conoció a Fátima Al Mahia a los doce años, viéndola como se lavaba en el río. Le gustó la nena y se la llevó al jergón hasta los catorce años, que pasó a las manos de un marchante de tapices que tenía un agradable harén en Bamako. Dos años después, cansada del encierro, convenció a un contramaestre inglés para que la embarcara con él hasta Southampton. Como el marino tenía un mes de vacaciones aceptó el trato prometiéndose la gran gozada. Pero a los quince días una vez resuelta la documentación. Fátima huyó a Londres con el dinero del contramaestre. Allí conoció a MacNicol que le ofreció «protección oficial», domicilio y un empleo de estriptisera en uno de los teatrillos más sórdidos del Soho.

La historia no daba mucho más de sí.

Grande fue la alegría del alfarero, llamado Lejumba Pasha, de recibir

en sus brazos a la bellísima criatura de Sáhel, que tantas veces se había divertido con él, recién cruzada la pubertad.

Las primeras horas transcurrieron haciendo el amor de forma intensa y tempestuosa dentro de la caliente atmósfera del alfar.

—¡Ataca! ¡Ataca… viejo! —le azuzaba la mora para rendirlo y plagarlo a sus deseos.

El alfarero era un cuarentón de vigorosa planta y de facciones brutales.

—¡Hurí perversa….! ¡Abismo de Alá! —rugía el ladrón, desmelenado.

Costó trabajo tranquilizar la tensión erótica del magrebí. Luego, tras bañarse en una tinaja los dos y vestirse de nuevo, prepararon té pasando a abordar los temas principales.

Lejumba Pasha se mostró inmediatamente de acuerdo con los proyectos de la chica, cuyo talento siempre admiró.

—Vamos a ver si te he captado —dijo al final—. Tú quieres que ate una piedra al cuello de un tal MacNicol y de su compinche Jeff Keats y que los arroje al Senegal… *n'est pas*? Pues no. No le había entendido.

Aparte otras historias, la discreta Fátima no quería pasar de un «protector europeo» a un «protector africano» como ocurriría de hacer las cosas conforme había interpretado Lejumba. Por el contrario, ella buscaba que los protectores se neutralizaran entre sí y le dejaran las manos libres para actuar a su aire.

—No, amor —repuso la bella—. No hay que matar a nadie. Sería peor.

—¿Por qué?

—Porque estos ingleses son como la gallina de los huevos de oro —explicó, guiñándole el ojo fatalmente al moro—, y nos pueden dejar ganar mucho dinero en el futuro.

—¿Entonces?

—Se trata de contenerlos, pichón. Escúchame… amor.

El argelino escuchó. Y comprendió —siendo como era tan bruto—. Para la mayor felicidad de Fátima Al Mahia.

* * *

Cuando la muchacha regresó al hostal y se reunió con sus amigos, mostró gran excitación no ausente de misterio.

Keats la miró interrogativamente.

—¿Te encuentras mal?

Fátima, por toda respuesta, prorrumpió en ruidosas carcajadas.

—¿Tan graciosa es la historia…? ¿Dónde estuviste?

—Con mi marido.

—¡Ehh….! —gruñó el «levantador de muertos— ¿estabas casada?

—Con Lejumba Pasha. Entonces era una niña. MacNicol preguntó indiferente:

—¿Qué tal el viejo?

—Tiene más canas en la barba.

—¿Te dio gusto?

—Ni tanto así, aunque lo intentó —repuso la mora de Sáhel.

—Entonces, olvídalo —zanjó el proxeneta.

Fátima entornó los ojos. Ahora empezaba su «juego».

—¿Lo olvidarías tú —inquirió— si supieras que es un ladrón y un salteador de caminos camuflado detrás de un obrador de barro?

MacNicol la miró con interés. Intuía que le mandaba un mensaje y que era una chica inteligente.

—Continúa.

—También tiene amigos ladrones….

Hizo una pausa.

—¿Por qué te interrumpes?

—Me preguntaba si Martin Attenborough y lord Rampling se dejarán secuestrar sin ofrecer resistencia. ¿Qué opinas, amor?

—Seguro que no. Lucharán.

Fátima encendió un cigarrillo.

Deslizó:

—Lejumba Pasha nos echaría una mano si le prometiésemos una parte del rescate. MacNicol se mostró receloso. Este tipo de sociedades podían acabar mal.

—¿Hablaste de esto con Lejumba?

—Ni lo pienses —mintió con aplomo—, pero le dije que llegué a Podor en compañía de dos amigos. No tendría inconveniente en conoceros.

El pendolista comprendió que esto allanaría muchas dificultades, pero….

—¿Nos podemos fiar de este marido?

—Sí.

—¿Sí? ¿No dices que es un ladrón?

—¡Toma! También lo somos nosotros.

—Eso es cierto —reconoció MacNicol—, pero yo jamás me fiaría de mí, ¿comprendes?

—Lejumba no es inglés —le defendió la mora—, y por eso cumple sus tratos.

—Hummm…, ¿no hablará por ti el orgullo de familia?

La salida del pendolista hizo reír a Fátima hasta saltársele las lágrimas de los ojos.

—¡Ni siquiera recordaba que me hubiese acostado con Lejumba Pasha! ¿Qué te parece? Esto tranquilizó a MacNicol.

—Te creo —dijo—, ¿cuándo podíamos verle?

—Al atardecer, en su casa.

El pendolista miró a Keats, cuya atención parecía exclusivamente concentrada en una lata de cerveza Kool que se tomaba a pequeños sorbos.

—¿Qué dices tú, Jeff? —demandó—, ¿no oyes?

—Bastante bien.

—Entonces, ¿qué?, ¿nos asociamos o no con el marido de la chica?

—No lo sé —repuso—, pero podemos conocerle y averiguar lo que el hombre da de sí.

—No se hable más. Iremos.

Fátima Al Mahia suspiró. Las cosas empezaban a salirle redondas.

—Hay un inconveniente, sin embargo —objetó—, Lejumba tiene muy mal carácter y se enfurece por cualquier cosa; sobre todo, si le llevan la contraria.

—¿Quieres decir que no razona?

—Es inteligente, pero tiene un genio muy vivo.

—No es problema.

—También hay que pensar que sigue siendo mi dueño ya que no me ha repudiado de acuerdo con la ley coránica.

—¿Y qué?

—Que tiene ciertos… casi absolutos, derechos sobre mí. —Y con coquetería—: ¿Te disgusta, amor?

—¿A mí? —se encogió de hombros—. sabes que no. Digo, mientras no traiciones mis intereses.

—¿Traicionar tus….? ¡Oh, amor! —teatralizó con singular vehemencia—. ¡Antes me cortaba la cabeza!

—No sería necesario.

—¿No?

—Te la cortaría yo.

Ella se echó en sus brazos, compenetrada con el masoquismo árabe.

—Eres un sol.

* * *

Oscurecía cuando llamaron a la tosca y silenciosa casa de Lejumba Pasha.

Abrió la puerta el propio argelino que echó una investigadora mirada a los visitantes.

—Nosotros, mi dueño.

Fátima que iba delante le guiñó el ojo.

—Pasad.

El trío penetró en el obrador.

Sentados en taburetes de madera había cuatro tipejos de barbas ralas y ojos sombríos. Saludaron gravemente a los recién llegados.

—Alá sea con vosotros.

—La paz de Alá.

—Alah il Alah

El pendolista y Jeff Keats contestaron con palabrejas ininteligibles que nadie se tomó la molestia de interpretar ya que las dieron por buenas.

—Sentaros.

Pero los ingleses se dieron cuenta que aquellos individuos no respetaban las leyes del Corán a pesar de sus invocaciones a Alá. En el suelo había una garrafa de ron y unos vasos de barro para beberlo. Los cuatro tenían la nariz roja y los ojos aguanosos como si se emborracharan adrede para llorar la fe perdida….

Lejumba invitó.

—Bebed, forasteros —dijo—, ahora que Alá duerme.

Todo quedaba explicado.

Después de prodigarse las obligadas frases de cumplido. MacNicol entró en materia ya que todos aquellos tipos le inspiraron confianza, lo mismo que a Jeff, con el que cruzó miradas de inteligencia.

Miradas que no pasaron desapercibidas a la sagaz mora.

Los acontecimientos seguían su curso.

Al final….

—Contad con nosotros —sentenció Lejumba con solemnidad—. Pero hablemos también del precio.

—¿Cuánto pides?

—Diez mil dólares.

—Es mucho.

—Pues no hay trato. ¡Ningún trato!

MacNicol pensó que era mejor ceder, temiendo que el tipo se subiera a la parra conforme le advirtió Fátima.

—Está bien. Te los daré.

—Alá es grande.

Se pusieron a estudiar el plan de acción ya que Attenborough y Rampling no tardarían en llegar a Podor.

Empezaron las primeras discusiones, provocadas por el propio argelino. Al no ponerse de acuerdo. Lejumba zanjó el tema diciendo:

—Mi mujer se encargará de los *Effendis*. Exactamente lo que había trazado Fátima.

—¿Qué mujer? —demandó MacNicol, desconcertado.

—Esta.

—¿Fátima?

—Exacto. Es la esposa número seis de mi vida.

MacNicol estuvo a punto de soltar un juramento. Miró incluso con desagrado a la chica que le imponía silencio con un dedo en los labios.

No le hizo caso.

—¿Por qué metes a Fátima en este negocio?

—Porque fue virgen hasta los doce años. Ahora tiene diecisiete.

La lógica de MacNicol se resintió con un argumento que no tenía pies ni cabeza.

Llegó incluso a cabrearse ante la arrogancia de aquel marido de pega.

—A estos *Effendis* —saltó—, no les va cualquier esposa aunque haya permanecido virgen hasta los cien años.

Esta respuesta desató la cólera de Lejumba Pasha.

—¿Tanto conoces tú a mi mujer para hablar de ella con semejante menosprecio? — interrogó.

En vista de la actitud del argelino. MacNicol se asustó.

—¿Menosprecio? No, hombre —rectificó.

Pero el argelino no atendía a razones. Seguía taladrándole con sus pupilas ardientes como el simún[5]. El comportamiento de los otros

individuos tampoco resultaba muy tranquilizador.

—Esta noche la verás desnuda.

—¡Eh!

—¡Fátima Al Mahia se pondrá en cueros ante ti!

MacNicol sospechó que estaba loco.

Lo malo del asunto es que ahora —después de los diez mil dólares ofertados— no podía volverse atrás ni romper el trato sin provocar una guerra.

Por su parte. Fátima continuaba imponiéndole silencio con el índice aplastado en sus labios.

Intentó aplacarle.

—Como quieras.

Lejumba se levantó del asiento con la altanería de un Califa omeya de Damasco.

—¡Bailará para ti la Danza de los Velos…! ¡digna de Alá!

En otra ocasión. MacNicol hubiera soltado la carcajada.

Fátima estaba cansada de bailar esta danza por los tabladillos del Soho antes de quedarse en pelotas cara al público. ¡No te joroba!

Pero se guardó muy mucho de hacerle caso al impulso.

—No te molestes, hombre.

Lejumba gritó colérico:

—¡Bailará! ¡Por las pilas del Profeta!

Capítulo V

LAS piraguas que llevaban a Rampling y al abogado avistaron la babélica ciudad de Podor cuando el sol caía verticalmente sobre sus singulares muelles, atraca dos de innúmeras embarcaciones, muchas de las cuales iban y venían trajinando por el río.

Se abrieron paso entre una jungla de vendedores que mercadeaban los productos más heterogéneos, hasta alcanzar la mezquita, frente a la cual un hotelito francés abría sus puertas al público.

—Esto marcha —exclamó Rampling.

Era un establecimiento cómodo con una cocina fácilmente adaptable al gusto europeo dentro de las limitaciones impuestas por las circunstancias.

Tras ducharse y tomar posesión de sus respectivos dormitorios, decidieron permanecer una semana en la ciudad para dar descanso a los bateleros.

En ningún momento sospecharon que varios individuos controlaban sus pasos desde que pusieron pie en el muelle.

* * *

Por la tarde. Rampling tuvo un capricho pintoresco.

—Me gustaría fotografiar a un manatí hembra —le dijo a Martin mientras bebían cerveza en un bar.

Se refería a una de las viejas criaturas que, con mamas y sexo semejante al de una mujer, dieron origen a la leyenda de las sirenas.

—¿Dónde diablos piensas encontrarla?

—Me aseguraron que por el lago Rkiz.

—El lago está lejos, a más de treinta millas de Podor.

—Lo que importa no es eso, sino tomar contacto directo con la naturaleza —repuso Rampling— ya que estoy en Africa.

Pero en esta ocasión mentía como un bellaco. Su idea era entrevistarse con uno de los más importantes mercaderes de marfil del golfo de Guinea, que regresaba de Gabón con un cargamento de colmillos.

Con cierta recelosa sorna. Attenborough inquirió:

—¿No retrasaremos demasiado nuestro viaje al curso alto del Senegal?

—¿Tanta prisa tienes en cobrar? —interrogó Rampling en el mismo tono festivo que empleaba el otro.

—¡Tú dirás!

—Pues yo todavía no he visto el millón que apostamos en el club —insistió el aristócrata—. No me gustaría tener que demandarte a la corte de justicia de Londres por incumplimiento de pago.

—No te preocupes. Venderé las joyas de mi abuela.

—Menos mal que tuviste una abuela conservadora que si no….

—¿Quieres saber una cosa, James?

—A ver.

—Me gustan los hombres optimistas,

—¡Toma! Y a mí los abogados ingenuos.

Poco después se separaban riendo cada cual sus propias gracias. Pero, en el fondo, hubieran dado cualquier cosa para adivinar los pensamientos del otro.

* * *

Milord se levantó temprano, tomando el Winchester y la cámara fotográfica.

La red viaria de Africa occidental es muy completa aunque difícil y laberíntica, cuando no intransitable durante la época del monzón.

El caballo lucero que montaba Rampling se mostró resistente y trotador….

A media mañana, y a mitad de camino del Rkiz, vio un magnífico marabú con pintas blancas perseguido por un águila pescadora. Tumbó al marabú de un certero disparo mientras el águila iniciaba un rapidísimo vuelo y se perdía en el azul.

Al ir en busca de la pieza caída tras un declive, cuatro individuos

brotaron del arenoso terreno de forma tan súbita como poco tranquilizadora. El aristócrata tuvo la intuición de que le habían seguido desde que salió de Podor. Lo difícil era confirmarlo para hacer uso del Winchester en legítima defensa.

Sin perderlos de vista, Rampling saludó en francés:

—La paz sea con vosotros.

—Y contigo, forastero —replicaron aquéllos sin la menor agresividad.

Fue su perdición.

—¿Qué buscan los hijos del Profeta? ¿Acaso se han extraviado tras las sandalias del Todopoderoso?

Lejumba Pasha contestó por todos y sorprendió al inglés:

—Buscamos a un perro infiel.

Le habían cercado.

Rampling no perdió la serenidad. Comprendió que querían robarle.

—Infieles hay muchos —repuso—. Pues son como hierbas borriqueras en el jardín de Alá. En cuanto a perros, todos aquellos que ladran.

—Manejas muy bien la lengua —masculló Lejumba—, pero te va a servir de muy poco. Los granujas sacaron las manos del interior de sus caftanes armadas con un revólver, al tiempo que Lejumba le ordenaba con fuerza:

—¡Tira el rifle, forastero!

Que un miserable truhán le conminara de forma tan enérgica, enojó muchísimo al aristócrata.

—¿Qué quieres, basura? —interrogó con despreció—, ¿Un puñado de francos para quitarte los piojos?

La andanada tampoco gustó al fingido alfarero, ya que lord Rampling le recordaba su miseria como hombre y como pueblo salido de la opresión colonial.

—¡Suelta el rifle o te pulverizo la mano!

El inglés comprendió que tenía que obedecer y se enfrentó a su desairada situación en un alarde de sangre fría para responder al atropello con dignidad británica.

De todas formas, consideraba muy lamentable que le quitasen las armas y el caballo ya que podían crearle un verdadero problema en aquellos territorios semidesérticos, próximos al antiguo Emirato de Trarza.

Lejumba se encaró con uno de sus hombres y….

—Recoge el arma, Mohamed.

El aludido obedeció sin rechistar.

Rampling se apoyó en el pomo de la silla.

—¿Qué otra cosa quieres ahora?

—¡Descabalga! —Y cómo le viera titubeante, agregó—: ¡No pienso repetírtelo, coyote inglés!

El insulto resultó muy afrentoso para un aristócrata como Rampling y le predispuso a la resistencia.

Viendo que los moros habían devuelto los revólveres a sus caftanes convencidos de su superioridad física frente a un hombre desarmado, decidió aprovechar cualquier coyuntura para ejercitar los músculos.

Afirmó un pie en el estribo para abandonar la silla, pero en el momento de tocar tierra saltó, imprevisible mente, hacia adelante, de manera que aplastó la jeta de Mohamed que se interpuso en la trayectoria de su puño derecho.

Fue todo tan rápido, que los moros se enteraron de la agresión por los aullidos de Mohamed y porque reculaba como un obús y se despeñaba por un desnivel que tenía más de veinte pies de profundidad. Quedó silencioso e inmóvil en el fondo del declive como si hubiese entregado su alma a Alá.

Pero los tres restantes reaccionaron con violencia ya que eran tipos fuertes y brutales. Rampling se defendía con serenidad y boxeaba a la contra. Les mantenía a raya.

En una de estas fintas, llegó a colocar un cañonazo al estómago del alfarero que vomitó el té de la mañana junto con un puñado de dátiles… Mientras duraron sus bascas y devoluciones, quedó fuera de combate.

Los dos que permanecían en pie le atacaron al unísono. Uno de ellos consiguió echar las zarpas a la garganta del lord, pero éste le volteó por encima de su cabeza aunque sin poder evitar que el otro moro le alcanzase el vientre de una patada. La castrante babucha intentó golpearlo de nuevo, aprovechando que Rampling se doblaba de dolor.

In extremis, consiguió tirarse en plancha contra las costillas del granuja, que voló hasta el fondo del talud donde Mohamed dormía la paz de Alá. Ya eran dos.

Lejumba volvió a la carga más ligero que antes porque se había limpiado el estómago de estorbos. Se en zarzo en una lucha cuerpo a cuerpo con Rampling.

El inglés, que llevaba las de ganar, le insultaba a cada golpe.

—¡Sarnosa rata del desier….to! ¡Puerco de A….lá! ¡Escoria del Co….rán!

En vista de la capacidad de lucha del forastero, el único moro que permanecía indemne se dejó de florituras y sacando el revólver propinó un tremendo culatazo a la nuca de Rampling que cayó como fulminado por un rayo.

Lejumba Pasha se levantó cubierto de moretones, de polvo y de arañazos… Tenía una mirada homicida que evidenciaba sus ganas de matar al caído.

Se dominó a duras penas, graznando:

—¡Cochino inglés! ¡Cagarruta del Támesis….! ¡Me pagarás estos golpes a peso de oro!

El otro moro dejó que el tipo se expansionase y luego le recordó las bajas habidas: —Gehal Alí y Mohamed están fuera de combate.

—Procura volverlos en sí —rezongó— mientras amarro a este buitre y lo atravieso a la silla de su caballo.

Media hora después, los cuatro rufianes y el prisionero emprendían el ardiente camino del norte….

Siete millas más lejos se levantaba un campamento con tres vistosas tiendas….

El fin del viaje.

—*Good nigth*, miss Sheen.

Attenborough, que había terminado de cenar, se despidió de la secretaria de Rampling sin esconder sus prisas.

Había conocido a Fátima por la tarde y quedó citado con ella al oscurecer en un remanso del río. Desde el primer momento le gustó la chica que le prometía un feliz romance durante los cuatro o cinco días que permanecieran en Podor.

Ella le había confesado que le gustaban los hombres altos y rubios, pero que solamente podía atraerlos cuando su padre y viejo derviche[6] y peregrino a La Meca— se encontraba ausente de Podor para ganarse el pan de Alá.

Esto añadió interés y misterio —incluso peligro— a la historia erótica en puertas. Claro que, en el fondo, haría cuanto estuviera en su mano para que aquella jovencísima y ardiente muchacha no saliera perjudica da de la aventura.

En cuestión de faldas. Attenborough era tan sensible y caballero como el propio Rampling. Incluso se pasaba.

Abandonando el hotel francés, se dirigió a las casi desiertas callejas del arrabal donde se olía a piel negra que ni el pachuli que usaban algunas mujeres lograban eliminar… Alcanzó la ribera fluvial.

El rumor de la corriente se dejaba oír y algunos papayos de coronado tronco balanceaban sus hojas pal meadas al compás de la brisa….

—¡Effendi!

Giró sobre sus talones.

—¡Fátima!

En efecto, la joven avanzaba a rostro descubierto por una especie de camino de sirga seco. Attenborough la contempló de arriba abajo. Sus ojos eran negrísimos y rasgados, su nariz semítica y sus labios turgentes con un gran lunar pintado en el pómulo.

El inglés la cogió por la cintura y la aplastó contra su cuerpo fundiendo su boca con la de ella. La «esposa de Lejumba» le demostró entonces cuán dulce y acariciadora era para las cosas del amor….

Le susurró excitada:

—Vamos a casa…, amor mío.

Attenborough pensó que era mejor amarse allí, en un rincón herboso y oscuro, sin más testigos que los astros, tal y como lo hacían la inmensa mayoría de los seres vivos.

—¿Por qué en tu casa? —objetó.

—No nos "verá nadie….

—¿Y si regresase, súbitamente, Mohamed, el venerable?

—Mustafá —le corrigió ella.

—Sea —aceptó el del Temple—, ¿Qué ocurriría si Mustafá nos encontrase en tu habitación degustando las mieles de la vida?

—¿Con un infiel? —se llevó las manos a la cabeza, horrorizada—. Sería mi último ramadán[7].

La angustia que reflejaba la muchacha emocionó grandemente al abogado, hijo de la tolerancia y del *fairplay* británicos.

Interrogó tenso:

—¿Dices que te mataría el viejo?

—Con sus propias manos —certificó— ¡Es un santo!

—¡Por todos los que están en el cielo! —roncó el inglés maravillado —. ¡Más práctico hubiera sido que te engendrase un pecador!

—¡Alce mío!

—¿Dónde dices que está él?

—Ronda por los pueblos porque vende sus ungüentos y su goma arábica para estimular el apetito de los ancianos y de los impotentes.

—¿Curandero?

—Del sexo.

Attenborough comprendió que el fanático Mustafá tenía a la chica encerrada entre cuatro paredes para evitar que se la llevasen y quedara sola. Este inhumano comportamiento producía un complejo específico en ella: represión.

Fátima era una mujer reprimida, y para no enloquecer, echaba las piernas al aire cuando se largaba su carcelero.

—¿Por qué no te casas con un muslime y vivís en casa de tu padre? —interrogó—. ¿Se opondría Mustafá a compartir su vivienda con un lector del Corán?

—El no.

—¿Entonces?

—¡Yo no quiero!

—¿Prefieres la aventura?

—No. Escucha….

Le contó que ningún musulmán de Podor era digno de su afecto y de sus condescendencias de hurí. ¡Eran un hatajo de brutos y de piojosos comparados con los turistas europeos siempre tan limpios, tan guapos, tan vigorosos y caballeros!

Desde este punto de vista se consideraba una renegada.

Attenborough volvió a estrecharla entre sus brazos mientras verificaba placenteramente sus redondeces interiores.

Le dejaron muy impresionado.

—Guíame al Edén roncó.

—Sígueme….

Le llevó por parajes oscuros y próximos a la cinta fluvial en busca de la calleja donde Lejumba Pasha tenía su alfar.

Era una construcción primitiva, encalada, con puertas estrechas y altas, pintadas de color fresa.

La calle carecía de luz artificial, de aceras y pavimentación. Si llovía el fango lo enseñoreaba todo.

Fátima se paró frente a la casa y le cogió la mano.

—Tenemos el paraíso delante de nosotros —susurró.

La puerta chirrió suavemente al abrirse.

—¡Qué oscuro!

—Pasa… amor. Es preferible que esté así.

—Dices bien —rectificó el abogado—, porque, ¿qué falta nos hace una luz?

Fátima le tentó el muslo, exclamando:

—¡Verdugo!

Atravesaron el comedor, apabullantemente sucio, hasta una habitación que se abría al fondo, a mano derecha.

Una pieza desnuda y angosta.

La cama de la joven ocupaba prácticamente el espacio útil. El resto permitía la presencia de un armario, por encima del cual se filtraba la claridad de las estrellas a través de un ventanuco.

Por aquella abertura nadie vería la cama de la chica espiando desde el exterior ya que el venerable Mustafá lo había comprobado rigurosamente antes de ventilar el dormitorio de la hija.

La muchacha le dijo cálidamente:

—Desnúdate.

—¿Y tú?

—Cuando regrese.

—¿Adónde vas?

—En busca de hidromiel —se rió de un modo especial—. Sé que te gustará. Es muy rica. Attenborough sospechó que tal vez se tratase de un afrodisíaco para hacer más loca la noche. No en balde Mustafá confeccionaba elixires para los frígidos e impotentes.

Sin pensar más en ello, el inglés se fue despojando de sus prendas hasta quedar sólo con los zapatos.

Antes de soltarse éstos, demandó a media voz:

—¿Tardarás mucho, bombón de Alá?

—No, no…, voy contigo.

Entonces ocurrió el desastre.

La casa se llenó de voces, de gritos, de carreras y de tumulto….

Attenborough pensó inmediatamente que el fanático Mustafá iba a jugarle un mal servicio. No anduvo muy errado, porque….

—¡Diab….!

—¡Maldito! ¡Perro!

Dos individuos le apuntaban con sus armas.

El más alto de ellos —no otro que Lejumba Pasha—, rugió:

—¡Sal de esta habitación, infiel!

Attenborough trataba de comprender su situación aunque no se

hacía muchas ilusiones sobre el particular.

La suplicante y acobardada voz de Fátima agregó otra nota de tensión en el espíritu del inglés. Le hirvió la sangre sólo de considerar que pudieran infligir castigos corporales a la bellísima mahometana.

—¡Piedad! ¡Piedad, Lejumba Pasha! ¡Elegido del Profeta!

—¡Silencio! ¡Impura….! ¡Mujer manchada!

Obligado a salir del dormitorio, Attenborough avanzaba desnudo por el comedor bajo las vigilantes pistolas.

Fátima se mesaba el pelo y representaba magnífica mente la comedia y el papel de víctima. Su larga trayectoria por los tabladillos del Soho la ayudaban en estos momentos y le proporcionaban un fondo de actriz que convencía a propios y extraños.

—¿Quiénes son ellos? interrogó el abogado.

—El moecín[8] del pueblo y su hermano repuso desmelenada y abatida.

—¿Qué pintan aquí?

—¡Son primos del venerable Mustafá!

Lejumba graznó desagradablemente:

—¿Cómo te atreves a nombrarnos, criatura inmunda?

—¡Piedad!

—¡Zorra! ¡Bien que has hecho el amor con él!

—¡No!

—¡Calla! ¿No está desnudo como un cerdo?

—¡No! ¡Mis ojos no le ven!

Lejumba era implacable.

—Serás juzgada severamente —dijo—, y en el mejor de los casos, nadie te librará de cien azotes.

Los llantos, gemidos y súplicas de Fátima hubieran enternecido el corazón de una hiena.

—¡Soy virgen! —gritaba— ¡Soy virgen! ¡No me apaleéis!

—¿Virgen tú? - Lejumba echó una ojeada al inglés y se rió- . No será por falta de material.

—Mi paraíso no se abrió para él protestaba Fátima, retorciéndose las manos—, ¿por qué no me crees, sangre del venerable?

—¡Calla! Shiraz, la partera, dirá la última palabra —sentenció el granuja—, pero, aunque el veredicto te sea favorable, recibirás los cien azotes porque tu intención era revolearte con esta porquería de Alá.

Attenborough se sentía cada vez más preocupado sin saber cómo

evitar que la muchacha recibiera tan dolo roso como denigrante castigo.

Los sollozos de Fátima fueron en aumento.

El hermano del moecín intervino ahora, añadiendo más leña al fuego aunque desde otro ángulo.

—Mientras Mustafá, nuestro primo, va por el mundo curando el viril desmayo de los fieles y buscando monedas para darte de comer y subirte en la dignidad coránica, tú ensucias el jergón que debía conservarse limpio como las hojas de panizo que lo rellenan por dentro —elevó los ojos al techo y se descolgó con otras razones—: ¡Infeliz Mustafá….! ¡Siempre repartiendo las migajas de su pobreza con los más necesitados y ayudando a sostener el minarete de la mezquita que se cae de puro viejo si Alá no lo remedia con piadosas limosnas y demás gabelas de los fieles!

Oyendo hablar de reparaciones y limosnas. Attenborough creyó descubrir un resquicio por donde filtrarse y negociar la dramática situación en que se encontraba Fátima y de la que se sentía corresponsable. También le parecía impropio de un caballero inglés, civilizado y millonario, no intentar el soborno de aquellos individuos, toscos y fanáticos, que interpretaban la ley de Dios con la crueldad de los viejos inquisidores.

—Yo puedo levantar las ruinas del templo —dijo,

—¡Tú! —exclamó Lejumba, fingiendo el mayor de los desconciertos.

—Pagando un minarete nuevo.

—¡Es posible!

—Moecín —señaló su «hermano»—, tal vez la acción de este granuja fuere grata a Alá.

—¿La limosna de un infiel?

—Los designios de Alá son inescrutables.

—Hummm… —roncó Lejumba, filosófico—. Tendría que consultarlo con los libros sagrados… —y como si hablara consigo mismo, interrogó en voz alta—: ¿Puede un profanador de Alá lavar sus culpas entregando un millón de francos al moecín de la mezquita?

Attenborough pensó que había entendido mal.

—¿Cuánto has dicho, tesorero del Profeta?

—Un millón de francos.

—¿Dónde están?

—Tú sabrás.

—¿Quieres estucar la torre con polvo de oro y cal?

Lejumba Pasha se revistió de una gran dignidad al responder:

—Alá es infinito —exclamó—, y el Infinito no tiene precio.

—Pues tú se lo has puesto bien rápido — masculló el abogado.

Oído lo cual. Fátima consideró que debía intervenir para evitar un regateo entre el bruto de Lejumba y el inglés que hubiera desdramatizado la situación. Sin pensárselo dos veces, se arrojó en brazos del Adán londinense mostrándole los ojos cuajados de juvenil esperanza.

—Dales el dinero para restaurar el templo, amor —invocó—, y no permitas que mi padre me mate a correazos.

Y le besaba sin la menor turbación y le acariciaba y oprimía el cuerpo con sus brazos de diosa, hablándole toda clase de razones estimuladoras de la generosidad y del desprendimiento económico a fin de rescatarle de las prometidas y lacerantes torturas.

Attenborough fue incapaz de resistir tan sensibles súplicas.

—¡Pago el minarete! —certificó.

—¡Amor! ¡Qué feliz me haces!

—¡Sepárate ya de él! —rugió Lejumba, impresionado por los profundos contactos que establecía la mu chacha—, y tú, vístete. Vendrás con nosotros.

—¿Adónde?

—A un lugar seguro para discutir la operación.

Fátima Al Mahia sabía ahora que —al menos con Attenborough- su plan de estafar a los ingleses por procedimientos no violentos estaba dando un excelente resultado.

Si James Rampling caía igualmente en las redes de su fascinación el beneficio sería extraordinario, pero ¿por qué tenía que ir a parar a las manos de MacNicol y de Lejumba Pasha….? ¿Qué diablos le importaban aquellos tipos cuando el éxito de la operación sería casi exclusivamente obra de ella?

Pensaría sobre todo esto.

Capítulo VI

MOHAMED y Gehal-Alí recibieron a Fátima en la jaima[9] donde milord permanecía prisionero.

Caía un sol de justicia….

La mora señaló a Rampling.

—¿Es éste el hombre herido?

—Es —gruñó Mohamed.

El aristócrata contempló a la muchacha con curiosidad.

—Hola. ¿Vienes a curarme?

—Sí.

—¿Sabes que eres mucho más bonita que estos granujas que me custodian?

Sonrió levemente, mientras los aludidos salían de la tienda para no sufrir los insultos y las chanzas del inglés. Al menos, lo dejaron comprender así aunque las razones eran otras.

—Muéstrame la herida.

—Espera que me peine….

—Da lo mismo, forastero. A ver….

Tenía una buena brecha en la nuca.

—¿Enfermera?

—Curo lo que puedo.

—¡Seguro! —alabó el inglés—. Con estas manos curarías al propio Alá.

En efecto. Fátima supo limpiarle y desinfectarle la herida con mucha maña. Luego le sujetó un apósito para impedir que las moscas rondasen el desgarrón capilar.

Tras la cura, Fátima miró al hombre de hito en hito.

—¿Te hice daño?

—Al contrario, me causó placer.

Susurró:

—Eres muy valiente.

La vanidad de milord creció con el cumplido, pero además se sintió atraído por la belleza, juventud, y mi rada embrujadora de la chica.

—¿Cómo te llamas tú, oasis de la felicidad?

—Fátima.

—Bonito nombre.

—¿Bonito? —sonrió tristemente—, ¡pobre de mí!

—¿Pobre? —repitió milord alertado—, ¿no ama tu corazón?

—No, a nadie.

Esto explicaría el desinterés femenino por la vida. Aquellas gentes beduinas rezumaban sensualidad por todos los poros de la piel. Era un aliciente más agregado a la singular belleza de Fátima.

—¿No tienes dueño?

Los rasgados ojos de la mora despidieron chispas.

—Mandan sobre mí. ¡Soy esclava!

—¿Mandan sobre ti sin amor? ¿Cómo es eso?

—La religión me obliga, pero… ¡le odio!

Rampling emborrascó el ceño.

—¿Puede él desear el cuerpo de una mujer de hielo?

—Sí.

—¿Qué clase de sapo venenoso es este marido tuyo?

—Lejumba Pasha.

—¡Ehhh….!

Rampling recordaba el nombre del granuja que le asaltó por el camino del Rkiz y que ahora resultaba ser el verdugo de la maravillosa muchacha que tenía delante.

—¿Le conoces? —inquirió Fátima viendo que cambiaba de color.

—¡Por todos los Lejumbas del infierno! —juró Rampling sombrío— ¿Por qué crees que estoy recluido en esta jaima?

—¿Por su culpa?

—Digo. Me asaltó con tres bergantes más. Luché y perdí.

—Pues Alá castiga a los ladrones y los que rompen la hospitalidad sagrada de los caminos —afirmó la joven con pasión. Y de forma aparentemente espontánea—: Ojalá pudiera ayudarte a huir de este

hombre malvado.

Rampling se emocionó como un adolescente. Fátima Al Mahia comprendió que también caería en sus redes como antes cayera Attenborough porque se parecían como dos gotas de agua del mismo grifo.

—¿Te atreverías a liberarme, palmera de Trarza?

—Sí, pero….

—¿Pero? ¿Por qué palideces y desmayas?

Rampling al igual que antes Attenborough usaba el florido lenguaje de los árabes, tan distinto del conceptual inglés, por sus continuos viajes por tierras del Profeta. Se les había pegado el estilo.

Con aire críptico, repuso:

—¡Todo está escrito!

—¿Dónde?

—En el libro de la vida.

—¿Qué lees de inamistoso y funesto en este libro?

—Que debemos ir con muchísimo cuidado.

Incluso temblaba.

Rampling intentó animarla, preguntándole cálida mente:

—¿Te escaparías conmigo, hurí?

—¿Contigo?

—Los dos juntos.

—Oh.

Apoyó la cabeza en el hombro del prisionero y derramó unas lagrimitas silenciosas… Ante tan sensible comportamiento reforzado por las razones anteriores. Rampling dedujo que la muchacha debía pasarlo atroz en compañía de aquel miserable Lejumba que merecía ser enterrado bajo cagarrutas de camello.

Luego, levantó los húmedos ojos hacia el inglés, murmurando:

—¿Me llevarías lejos de este infierno?

—Sí.

—¿Tan lejos que no pudiera alcanzarme el vengativo brazo de Lejumba?

—¡Por las barbas del Profeta! —magnificó.

Las lágrimas habían dado paso a una luz de auténtica esperanza….

—Te costará dinero… ¿Eres tan rico?

—Lo soy.

—El corazón me salta dentro del pecho. ¡Tócalo!

Rampling deslizó una mano por el escote….

—¿Lo notas?

—¡Redondo y suave como dos manzanas!

—¡Déjame! —se desprendió llena de turbación—, ¡Que Alá me asista!

Y le prometió que volvería por la noche para discutir el plan de fuga y… Rampling se sintió desbordado por las circunstancias y por el sutil veneno que desprendía aquella pérfida criatura dotada de una belleza y de una inteligencia extraordinarias.

De todas formas….

—Fátima, ¿cómo podrás burlar la mirada de mis guardianes?

—Yo les preparo la comida y la bebida —dijo—, y mezclaré láudano[10] en ambas.

—¿Drogarás también a tu indeseable marido?

—Lejumba no está en el campamento.

—¿Se lo ha llevado el diablo?

—Tiene su harén en Podor. Yo soy su quinta mujer, casi su concubina. ¿Quieres saber una cosa?

—Todas.

—Me mataría si me encontrara contigo.

Rampling gruñó sordamente:

—Este tipo merece que le cuelguen de la rama de un árbol como la piña de un banano. Ella se apretó contra el inglés.

—¡Que Alá te oiga! —dijo.

Sin más entretenimientos, y temiendo que los guardianes extrañaran la larga ausencia de la chica, la dejó partir de la tienda….

Las arenas bullían ahora bajo un sol de fuego….

Puede decirse que el viejo Emirato de Trarza no era precisamente un edén para los seres vivos si exceptuamos a los insufribles insectos que volaban alrededor de las jaimas con impertinentes zumbidos….

Al mediodía, le sirvieron un auténtico banquete para aquel lugar y paralelo africano: mechui de cordero, dátiles y el inevitable té.

Comió con apetito pensando que podía habérselo preparado la angelical Fátima Al Mahia.

Se limpió las manos utilizando un aguamanil de barro y buscó el mejor lugar de la tienda para atascar la pipa con una mezcla de tabaco y marihuana que le habían proporcionado sus carceleros.

* * *

No lejos de allí, a unas veinte yardas[11] de la jaima del lord, celebraban una conferencia MacNicol. Jeff Keats y Lejumba Pasha rodeado por sus secuaces.

La conversación se agriaba por la petulancia del fingido alfarero que se consideraba la clave de los acontecimientos que se estaban desarrollando, máxime, cuando el interés por Fátima se había renovado de tal forma que todas las noches se acostaba con ella, a lo que la mora le correspondía eficaz e hipócritamente para mantenerlo en babia.

Tras el segundo vaso de ron, interrogó:

—¿Sois tan estúpidos los ingleses que pagáis dinero para salvar a la mujer de otro? MacNicol aborrecía cada vez más al moro. Lo consideraba ignorante, ofensivo y dudaba de su lealtad.

—No todos los ingleses son iguales roncó.

—¿Quieres decir que los hay menos cornudos y estúpidos?

MacNicol se mordió el labio indignado. Pensó, sin embargo, que a Lejumba Pasha podían salirle los tiros por la culata a la hora de ir a recoger la parte suya del botín. Londres estaba a un paso de la capital del Sena y diariamente salían aviones para París. No era tan difícil desaparecer con el dinero y dejarle con un palmo de narices.

En vista de su silencio, Lejumba insistió:

—¿No contestas?

El «levantador de muertos» intervino conciliador:

—Lo importante es que estos tipos paguen. ¿No?

—¡Pagarán!, pero gracias a mi mujer —marcó presuntuosamente—. No quieren que Fátima sea víctima del radicalismo islámico soltó la carcajada, agregando—: No permiten que pueda estrangularla un marido furibundo o un padre fanático.

—Rampling todavía no ha ofrecido ningún dinero por Fátima —le recordó MacNicol. —Porque tampoco se le ha planteado —repuso Lejumba— pero deja que mi mujer vaya esta noche a su tienda y se le ponga desnuda ante los ojos y verás si paga… ¡el muy cretino!

—Ojalá aciertes.

—Nunca me equivoco —sentenció el granuja, sintiéndose superior a todo el mundo. —Vale —concilió nuevamente Keats—. Eres un tipo importante.

Pasha se llenó el vaso por quinta vez, y, sonriendo avieso, manifestó:

—¡Por el paraíso de Alá! ¡Dos millones deben abultar lo suyo!

MacNicol repuso reluctante:

—Mejor que tengamos el dinero antes para poderlo medir después.

Estas palabras fueron coreadas sardónicamente por los hombres del alfarero.

A partir de aquel momento, los ingleses adivinaron que no sólo peligraba el dinero sino también su propia vida.

¡Maldita sociedad!

* * *

Por contraste con el insoportable calor del día, la noche es fría en el desierto, extremadamente fría….

La luna brillaba en lo alto.

Lord Rampling observaba por un resquicio de la puerta el rutilante mar de dunas que ninguna brisa rizaba. Pero como tampoco se veía signo alguno de vida por parte de sus guardianes pensó que estarían bajo los efectos del láudano que dijo la muchacha que iba a mezclarles con los alimentos de la cena.

Las once de la noche.

Sus oídos habituados al silencio agresivo de las arenas captaron algo parecido al roce de un gran lagarto arrastrándose por detrás de la jaima. Se encaminó hacia donde se oía y…

—¡Fátima!

—Sí, sí… —susurró—. Yo, *Effendi.*

Lord Rampling levantó suavemente los vientos para que la chica se deslizara al interior de la tienda.

—¡Hurí de la noche!

Se miraron intensamente, acercándose al rayo de luna que penetraba por la puerta. Fátima estaba terriblemente hermosa, casi irreal….

—¿Duermen nuestros enemigos?

Se rió quedamente.

—Como los reptiles del desierto —dijo.

—Y tu esposo, ¿sigue en Podor?

—¡Alá lo quiera!

El tono empleado por la mora reflejaba su inquietud.

—¿Lo dudas acaso?

—Deseo no hacerlo, pero… —su voz perdía entereza—. me extraña

que Gehal Alí no haya regresado de Podor como tenía anunciado.

—¿Qué puede significar?

—No lo sé.

—¿Tal vez que regresa con Lejumba?

Se estremeció.

—Por favor… Me iré pronto.

Lord Rampling le pasó una mano por el talle, tibio, redondo… No se opuso.

A partir de ahí las cosas ocurrieron como ocurren siempre cuando la ansiedad se une al deseo y al reclamo de los sentidos. Al fin y al cabo. Fátima pensaba «liberarse» en compañía de aquel hombre que le decía j cosas y la solicitaba como un ser humano y no como una esclava….

—¡Criatura!

—¡Oh! ¡Cuán tuya me sien….!

No pudo terminar la frase. Rampling se revolvió como un tigre.

—¡Maldición! gruñó sordamente.

No era para menos.

Acababa de descorrerse violentamente la lona de la tienda y Lejumba Pasha acompañado por otro granuja —probablemente Gehal Alí— recortaban sus figuras sobre el fondo lunar de las arenas con las pistolas amartilladas.

Los ojos del alfarero parecieron volar de sus órbitas observando el desnudo integral de Fátima que se apretaba al cuerpo de lord Rampling, todavía vestido.

—¡Que Alá me ciegue! —barbotó—. ¡Para no ver mí pelo cubierto de ceniza!

A pesar de su sangre fría. Rampling se desconcertó. La infeliz muchacha sería castigada cruelmente a con secuencia del adulterio flagrantemente interrumpido con la súbita aparición de Lejumba.

En aquellos momentos, el aristócrata pensaba más en la chica que en sí mismo, víctima del fanatismo islámico que atentaba contra la dignidad y el libre albedrío de la mujer en anchas zonas del mundo. Constituirse en testigo presencial de semejante atropello y en cierta manera haber colaborado en su realización desbordaba la ecuanimidad del lord. ¡Ojalá que Fátima Al Mahia no le hubiera conocido nunca!

El acompañante de Lejumba expresó tan airado como el otro:

—¡Esta adúltera merece la muerte!

—¡Infame odalisca! —vomitó el alfarero temblando de insana cólera

—. ¡Carne de serrallo inmundo, lleno de orines….! ¡Te cortaré la cabeza de acuerdo con las sabias leyes del Corán!

—¡Piedad!

—¡Calla! ¡Tus pupilas están ya muertas porque ja más verán la luz de un nuevo amanecer!

Oída una sentencia tan cruel y cercana, la muchacha se desprendió de los brazos del inglés para arrojarse a los pies de su marido y magistrado, exclamando:

—¡Marido mío! ¡No mates a esta ya mustia flor de Alá!

Y besaba las plantas del infame Lejumba, y se mesaba el cabello, y hacía como de rasgarse las vestiduras —que no encontraba dónde— y lloraba a lágrima viva….

Tan grandes muestras de dolor hubieran ablandado un corazón artificial, que no el del miserable mahometano.

—¡Morirás a los diecisiete años! ¡Ni un día más!

—¡No! ¡Dueño mío! ¡Seré tu esclava, tu perro, tu….!

—¡Calla! ¡Te has entregado a un infiel!

—¡Él no me ha poseído!

—¡Peor aún! —gruñó—. ¡Ya que lo estabas seduciendo!

—¡No, no….!

—¿Por qué llevas entonces el ombligo al aire?

Fátima miró su desnudez asombrada, de arriba abajo como si saliera del sopor de una droga.

—¡Es verdad! —exclamó.

—¿Y el chal?, ¿por qué dejó de cubrirte el pecho?

—¡Cierto! ¡Cierto! ¡Oh!

—¡No te hagas más la tonta! —bramó Lejumba—, ¡Has manchado mi nombre! ¡Ya no podré mirar a nadie con la frente alta como siempre había hecho!

Lord Rampling que pensaba que la frente de aquel miserable había estado siempre por los suelos, sospechó que podría sobornarle ofreciéndole dinero. Consideró que si el oro corrompía conciencias «honradas», tenía que obrar milagros tratándose de granujas.

Dijo con autoridad:

—Te compro a tu mujer.

Un silencio sepulcral acompañó estas solemnes palabras, hasta que….

—¿Hablas de Fátima?

—Si.

Lejumba parecía desconcertado como si acabaran de colarle una col por entre las piernas.

—¿Que tú…?

—¡Yo! Pide por ella.

Fiero y digno, repuso:

—Te vendo su cadáver.

Gehal Alí intervino entonces, oportunamente:

—¿Por qué no dejas que el infiel te haga una oferta por las sucias bragas de esta mujer que tú repudias? —Y dándolo por bueno y aceptado, se encaró con Rampling—. ¿Cuántos camellos ofreces por ella, escoria de Alá?

Antes de que replicara milord, se cruzó de nuevo Lejumba:

—¡Gehal Alí, Gehal Alí….! —se quejó el bergante—, ¿No comprendes que no la liberarían del castigo, digamos… ni un millón-de francos?

Apenas cantada la cantidad, Fátima miró al inglés a través del velo de sus farsantes lágrimas. Le vio un tanto sorprendido por la importancia del guarismo, que parecía más propia de un califa que de un vulgar ladrón de caminos.

La mora adivinó que había llegado el momento crítico de tomar decisiones y que debía echar toda la leña al fuego. Fue así como se arrojó en brazos del aristócrata con vibrante e impúdica desnudez que hubiera ofuscado al propio Alá y….

—¡Sálvame, amor….! ¡Soy tan joven! ¡No me dejes que me maten!

No, eso no lo permitiría Rampling, uno de los hombres más liberales y ricos de Londres. Pasándole un brazo por el suave y desnudo talle en actitud posesiva, confirmó:

—Te doy el millón. Esta mujer es mía.

El moro hizo un visaje grotesco. Según su forma de ver el mundo aquello le resultaba inaudito, fruto de la locura. Desconfió:

—¿Tuya? —dijo—, ¿Dónde está el dinero?

—Hombre —murmuró cáustico—. Ya me lo habrías robado.

—¿Cómo puedo dejaros entonces en libertad? ¿Me tomas por un imbécil?

—Tienes mi palabra.

Lejumba soltó la carcajada.

—Prefiero tener a la adúltera en mis manos y cortarle la cabeza si al

término de un plazo determinado tú no apareces con el dinero.

—¿Dudas de mi honor?

Fátima intervino nuevamente para evitar cualquier discusión que perjudicara el acuerdo que habían tomado.

Apretándose más al cuerpo del inglés, exclamó:

—¡No le hagas caso…, es un hombre odioso! Me quedaré como rehén hasta que tú llegues con el maldito dinero que él tanto ambiciona.

Rampling consideró que la chica estaba donde debía.

Se encaró con el alfarero:

—Hablemos de ello —dijo.

—Vamos a mi tienda.

—Voy a vestirme —murmuró Fátima.

—¡Que mis ojos no lo vean! —rechazó Lejumba con fuerza—. Los velos que te has quitado aquí son adúlteros y deben ser quemados… El fuego lo purifica todo.

De esta guisa, marcharon los cuatro sobre el frío de las arenas en dirección a la tienda de Lejumba que se alzaba unas veinte yardas más allá de la que acababan de abandonar.

Capítulo VII

AL salir prisionero del alfar. Attenborough fue embarcado en una piragua que le llevó río abajo.

Estuvieron bogando escasamente una hora, unas dos millas….

Desembocaron, finalmente, en una playa arenosa delimitada por grandes árboles y maleza.

Continuaron la marcha por una estrecha senda hasta una aldea fantasma que determinadas tribus errantes levantan para abandonar poco tiempo después y seguir su camino. Constaba de hasta una docena de chozas semiesféricas.

Lejumba Pasha se detuvo frente a las mismas.

—Hemos llegado —dijo.

Attenborough observó los alrededores con repugnancia.

—¿Qué vamos hacer en estas pocilgas?

—Esperarás una embarcación para llevarte a San Luis. De regreso volverás solo a este lugar con el dinero, que te recogerá la vieja Shiraz.

—¿La partera?

—Exacto.

—Tengo ganas de perderos de vista.

—Lo comprendo —se rió Lejumba—, La lancha vendrá a recogerte apenas apunte el alba. En cinco días, a mucho tardar, tienes que estar de regreso, digo, si quieres encontrar con vida a esta miserable adúltera que fue mi sexta esposa.

Fátima le volvió el rostro con desprecio.

—Está bien —repuso Attenborough.

—Ahora tendré que atarte.

—¡Qué dice!

—¿Eres sordo? —graznó el alfarero—. No quiero que se te ocurra alguna mala idea cuando te demos la espalda. No me fío.

—Te di mi palabra.

—La palabra es aire.

—¡Será la de un miserable ladrón!

—Menos humos o te los bajaré a cintarazos.

Fátima lanzó un grito.

El inglés había estrellado el puño contra el mentón del mauritano, que retrocedió trompicado y no paró hasta que estuvo en el suelo.

Gehal Alí extrajo la pistola de la funda, rugiendo:

—¡Debieras estar muerto, perro!

Lejumba se levantaba despacio, una luz criminal brillaba en sus pupilas, rojas de ira. Fátima intervino, sobresaltada. Tenía que evitar una matanza que hubiera echado al traste todos sus proyectos.

Se tiró en brazos de Lejumba, y le zarandeó frené ticamente para que despertase.

—¡Primo mío! ¡Sangre del venerable! —gritaba, exaltándose— ¡No te ciegues! ¡Contén tu justa cólera….! ¡No dejes que la mezquita esté sin minarete matando a este limosnero de Alá!

La codicia de Lejumba tan oportunamente invocada por la mora del Sáhel— fue superior a la sed de venganza del miserable.

Se tranquilizó más rápidamente de lo que podía suponerse y mirando de hito en hito a Attenborough, exclamó solemne:

—Da gracias a Alá de que esta mujer hablara por su boca. Te ha salvado.

El aludido lo dio por bueno.

Entonces, de la maleza verde, surgió un espantajo con faldas, una bruja o algo parecido. —Es Shiraz —exclamó Gehal Alí.

El abogado la observó con mayor atención.

Era una sarakolé esquelética, desdentada y de edad indescifrable. Más semejante a una momia que a un ser viviente. Sólo en sus ojos brillaba una luz terrenal, no exenta de brujería y maleficio. Una anciana verdaderamente desagradable.

Bajo la amenazante pistola de Gehal Alí, la propia vieja se encargó de atar al inglés de pies y manos.

—Si quieres fumar, beber…, o necesitas hacer cualquier otra cosa — se rió ríspidamente. Tenía una voz cavernosa—, atenderé todas tus

necesidades….

Attenborough le contestó con un silencio.

Le empujaron dentro de una de aquellas chozas levantadas con ramaje seco.

Olía mal. A hedores embalsamados.

Cuatro grandes ratas salieron chillando del innoble habitáculo….

—¿Lo ves? No estarás solo —se burló el alfarero.

—Peor son las ratas humanas —repuso Attenborough.

—Tómatelo con calma.

* * *

Un grupo formado por lord Rampling, Mohamed y el propio Lejumba remontaron el río en piragua. Tras unas horas de bogar con fuerza, llegaron a la playa arenosa, que, casi dos días antes, pisara Attenborough para ser llevado a la aldea fantasma.

—Adelántate, Mohamed —dijo Lejumba una vez introducidos en la senda que conducía al solitario poblado—, y busca a la maldita hechicera.

Por lo visto, aquél era el lugar elegido por los granujas para llevar a cabo la transacción económica que «liberaría» a Fátima del castigo de su «adulterio» o por haber «manchado» la casa del venerable Mustafá.

* * *

Mientras tanto, las relaciones entre MacNicol y Lejumba Pasha se habían erosionado gravemente. A pesar de ello, todos esperaban el momento de cobrar los dos millones de francos para arrojarse unos sobre otros como chacales.

La tensión llegó al máximo veinticuatro horas antes de que milord Rampling entregase a Shiraz el dinero prometido.

Para MacNicol y el «levantador de muertos» había llegado el momento de desarrollar el plan que llevaban estudiando en los últimos días.

Para ello, se presentaron al comisario de policía de Podor denunciando a Lejumba Pasha y sus hombres como supuestos reos de extorsiones y chantajes ejercidos sobre lord James Rampling. De manera que, si el asunto no era resuelto y aclarado por las autoridades de Podor, lo denunciarían a la embajada británica para que ésta

trasladase la queja a los altos funcionarios del gobierno de Dakar.

El comisario negro se tragó la bola, y además consternado. Conocía la mala reputación de Lejumba Pasha y no quería líos con sus superiores, ya que en Podor el trabajo policial era escaso y el sueldo seguro y regular.

Los dos bribones se presentaron como detectives privados al servicio de lord Rampling, documentos que, para mayor fuerza, el pendolista había falsificado con su maestría habitual.

—Lo importante es que estos individuos sean debidamente retenidos e interrogados hasta que nosotros consigamos encontrar el paradero de milord que, según todos los indicios, ha sido secuestrado por estos bandidos.

—¿Con qué fin?

—Pedir rescate.

MacNicol continuó explicando una historia bastante plausible que el comisario asimiló sin dificultad. En el fondo, hasta se sintió satisfecho de prestar un servicio a los caballeros ingleses y poder echar el guante a Lejumba Pasha del que se rumoreaban las peores cosas en la ciudad.

Minutos después, cuatro agentes se dirigían al alfar del granuja para arrestar a éste y a todo el personal que se encontrase dentro.

* * *

Lord Rampling abandonó la canoa en la arenosa playa de los alrededores de la aldea fantasma.

A pesar de que la corriente era suave, se cuidó de sujetarla bien a unos prois de madera enterrados con este fin.

Luego abandonó el bote con una abultada cartera bajo el brazo.

Tomó una senda intrincada de suave descenso, y, a poco de andar, descubrió las chozas del poblado. Allí le recogerían la cartera y le entregarían a Fátima sana y salva.

Como el sol todavía raseaba el horizonte. Rampling moderó el paso. No tenía prisas.

Mientras andaba, no podía quitarse de la cabeza de hecho llevaba dos días pensando en ello que también Attenborough se encontraba en San Luis cuando él pasó por Credit Francaise para retirar un millón de francos. Martin había hecho lo mismo, como le explicó un empleado imprudente. A partir de este sensacional descubrimiento, le resultó fácil confirmar el paradero del abogado en la bella ciudad atlántica y otros

detalles de interés que, en conjunto, le recordaban su propia aventura. Sólo le faltaba comprobar si también había desaparecido de Podor de forma inexplicable para atar los últimos cabos. Porque si los movimientos de ambos eran los mismos, ¿qué impedía que fuese también la misma la causa que los producía?

Pero este pensamiento le llevaba directamente a Fátima. ¿Sería la bella y extraordinaria morita de Sáhel tan inocente cómo pintaba? ¿Se trataría de una hábil embaucadora de turistas ricos?

Siguió andando.

Llegó al poblado con las luces violetas del crepúsculo… Sólo se escuchaba el arrullo de los pájaros y el infame trompetín de los mosquitos que reclamaban sangre caliente…

—¡Malditos insectos!

Mirando al azar, de pronto inmovilizó los ojos.

—¡Diablos! ¿Qué es eso?

En la puerta de uno de los tabucos descubrió el arrugado envase de un paquete de cigarrillos.

—¡Pall Mall!

La marca que fumaba habitualmente Martin.

Penetró en la choza observando cuidadosamente todos los rincones. No hacía falta ser un lince para descubrir que había sido ocupada recientemente por la misma persona que tiró la funda de los cigarrillos.

En el suelo había también unas cuerdas que, después de analizadas, permitían deducir que sirvieron para atar a un hombre y que fueron cortadas al dejarlo en libertad. Algo parecido a lo que le ocurrió a él mismo cuando fue encerrado en una jaima del arenal de Trarza.

Se sentó en un pedrejón, envuelto en las primeras sombras de la noche.

Esperaba.

Sin desarrugar el ceño.

* * *

MacNicol y Jeff Keats abandonaron Podor apenas salir de la comisaría. Todo estaba preparado.

Tenían pasaje aéreo seis horas después de que recogieran el dinero de Attenborough, que sería el último en entregárselo a Shiraz.

Una vez conjurado el peligro de Lejumba y sus hombres, había que impedir que Rampling o Attenborough alcanzasen la ciudad de Podor

antes de que ellos hubiesen embarcado en el aeródromo de Dakar. De no ser así, corrían el riesgo de que el comisario de Podor contactase con lord Rampling y se descubriese el engaño hallándose todavía en territorio senegalés.

Sería la perdición de los dos…

Por eso se dirigían a la aldea fantasma. Se trataba de amarrar a Rampling y a la bruja al tronco de una acacia, mientras esperaban la llegada de Attenborough, que también sería sorprendido e inmovilizado en otro árbol, mientras ellos escapaban hasta Dagora y de allí en una avioneta, tipo Piper, a la capital del país, para saltar a Francia en jumbo de la Air France.

Calculado al milímetro. Pero, por lo mismo, ningún detalle podía fallarles.

* * *

Rampling giró la cabeza velozmente ya que había escuchado pasos a sus espaldas.

—¿Tú?

—Yo, *Effendi.*

El aristócrata observó la posición del sol.

—Llegas puntual, bruja —dijo.

—Mi oficio es ayudar a parir y las criaturas no esperan. —Y con voz aguda y carrasposa, inquirió—: ¿Traes el dinero convenido?

—Sí, en la cartera.

Alargó el sarmentoso brazo en dirección a Rampling.

—¡Dámelo!

—Antes quiero que me contestes una cosa.

—¿No pides mucho?

—Lo normal.

—Habla.

—¿Quién estuvo prisionero en este poblado últimamente?

Los penetrantes y malignos ojos de la vieja le escrutaron.

—¿Así que lo descubriste?

—Ya lo ves.

—Entonces nada tengo que decir.

—¿Por qué?

—Sigue investigando.

Lord Rampling sonrió.

—Te lo diré. Era un hombre alto, rubio, joven… Un hombre de mi país. ¿Acierto?

—¿Y si te digo que si?

—Dirás la verdad.

—Pues ya la sabes.

Shiraz era temida por los nativos. Ayudaba a parir y a ofrecer doncellas al Eros ancestral. Constituía para ella una religión al margen de un beneficio. Las doncellas iban a parar a los brazos de los turistas blancos que ofrecían buenos dólares para consumar estos nefandos estrenos.

Conocía a Lejumba desde niño, y, entre otras granujerías, colaboraba con él en esta «trata de negras».

Rampling interrogó:

—¿Tiene el preso que traer dinero al campamento como yo hago?

—¡Pagará!

Todo estaba dicho. Attenborough había sido engañado lo mismo que él por una hábil mujer, casi una niña… Fátima Al Mahia.

¿Con qué cuento?

—¿Está la mujer de Lejumba Pasha cerca de aquí?

La vieja se incomodó.

—¡Basta ya de preguntas! —gritó—. Dame la cartera.

Rampling consideró que no ganaría nada con irritar mayormente a la bruja. Lo principal ya lo sabía.

—Toma.

La renqueante vieja recogió el estuche de piel y se alejó murmurando frases cabalísticas. Brujerías.

Rampling volvió a quedarse solo y pensativo, cuando….

—¡Ehhh….!

Una voz le hablaba a sus espaldas en correcto inglés y con marcado acento londinense. Volvió lentamente la cabeza con tanto recelo como curiosidad.

—¿Me conoces, milord?

MacNicol se había hecho visible, empuñando una pistola. Detrás marchaba Jeff Keats que se presentó como uno de los grandes personajes nocturnos del West End de la capital del Támesis.

Rampling empezó a atar cabos mentalmente, pero….

—¿Qué tenemos en común, muchachos? —preguntó.

—Un millón de francos —repuso el pendolista riendo—, ¿Te parece poco dinero, sir?

A continuación. MacNicol le contó la historia reciente y se declaró autor del manuscrito de Philippe Moráis.

—¿Así que tú asaltaste mi casa en The Mall?

—Digo, pero algún hijo de pu… que seguía mis pasos nos robó cuando nos dirigíamos a Trafalgar Square. Entonces determinamos seguir vuestra pista en Africa y sacar algún provecho de la apuesta que Attenborough mantiene contigo —la risa del granuja aumentó—. Un par de millones para ir tirando.

—Sí —dijo en este punto Jeff—, la vida sube en Europa desgraciadamente, y cada vez hay más paro.

Rampling estaba llegando al final del enredo.

—¿Cómo conociste a Lejumba Pasha?

—Fue cosa de Fátima, milord. Por lo visto la había violado a los doce años y fue su amante durante algún tiempo. Ella nos llevó al alfar de este miserable.

—¿Miserable?

—¡Y tanto, milord! Pero lo denunciamos a la policía de Podor —manifestó satisfecho—, de tal forma que cuando lo suelten ya nosotros estaremos en París disfrutando de un merecido descanso.

Rampling se tomaba la vida con filosofía.

—Mira qué bien —exclamó—, pero aún no me has dicho cómo conociste a la bella

Fátima Al Mahia.

—¿De veras quieres saberlo?

—Hombre —repuso—, no te extrañe. Ella ha llevado el peso de la operación y es justo reconocer que tiene una inteligencia natural extraordinaria.

—Bueno —regateó—, en realidad trabajaba un material muy flojo.

Rampling se puso tenso.

—¿Te refieres a Martin y a mí?

—En efecto. Se trataba de engañar a dos golfos cargados de vanidad y de dinero y que practicaban un rancio machismo con las tías —la carcajada de MacNicol desagradó al aristócrata casi tanto como sus palabras—. Cualquier individuo con un poco de astucia despluma a pollos así. Es lo más fácil del mundo.

—Además que Fátima estaba acostumbrada a despertarse en el Soho

—agregó Jeff— y por eso lo hizo tan artísticamente ante ti la noche que fue a visitarte en la jaima. Era como para morirse de risa.

Rampling aceptó la derrota con el espíritu deportivo de que saben hacer gala los ingleses en determinadas ocasiones.

Pero….

—¿Queréis que os adivine el porvenir? —preguntó mordaz.

—No te molestes, sir.

—Lo hago con gusto, hombre. Además gratis.

—Déjale que hable —dijo Keats—, se quedará más tranquilo.

—No llegaréis a gozar de los dos millones ya que os pudriréis en Africa.

—Muy gracioso —espetó MacNicol, que, en el fondo, no las tenía todas consigo.

—Es la verdad —repuso Rampling—, y os añadiré que Fátima Al Mahia es demasiado lista para dejarse sorprender y timar por dos buharros.

—¡Andando! ¡Ya está bien de cháchara!

Lo llevaron al interior de una de las chozas y le maniataron para que no escapase.

* * *

Contrariamente a lo que pudiera pensarse, Lejumba Pasha y Gehal Alí no estaban en prisión, pues lograron escapar de los agentes cuando éstos les conducían a comisaría. De una galopada por las callejas consiguieron salir a campo abierto y despistarse de sus perseguidores.

El primer pensamiento de los fugitivos, lógicamente, fue dirigirse a la aldea abandonada y recoger el dinero que ya habría entregado Rampling a la vieja Shiraz así como el otro millón que dentro de pocas horas también entregaría Attenborough para el rescate de Fátima.

Con esta fortuna en su poder les sería fácil largarse a Mauritania u otro país de la zona, máxime ahora que eran menos en el botín, ya que Mohamed y Ben Tarik irían a parar a una cárcel por una larga temporada.

Se lanzaron a campo traviesa.

Su intención era anticiparse a los movimientos de MacNicol y de Jeff Keats, pues no se fiaban de los ingleses ni querían repartir el dinero con nadie.

Al cerrar la noche, avistaron las tiendas solitarias como manchones

oscuros sobre un calvero rodeado de bosque.

Delante de una de las chozas había fuego encendido ya que el aire que llegaba de Trarza era bastante fresco.

En torno a la hoguera se encontraban tres personas: MacNicol, Jeff Keats y lord Rampling. Este último maniatado.

Gehal Alí preguntó ronco:

—¿Dispararemos por sorpresa sobre el grupo?

—Mejor tener una previa conversación con ellos —repuso Lejumba que sospechaba la traición de MacNicol con el comisario de Podor—. Sin duda están aquí para llevarse el dinero de sus compatriotas y dejarnos a nosotros con un palmo de narices. ¡Traición sobre traición!

—Aun así —gruñó Gehal Alí que era un hombre práctico—. ¿Qué ganaremos conversando con estos chorizos?

—Informarles de los motivos por los cuales deben morir.

—¡Bah! Ya se lo dirán en el otro mundo.

—Quiero ver qué cara ponen.

Gehal Alí era terco.

—¿No puede resultar peligroso?

—Están confiados porque nos suponen en los cala bozos de la comisaria de Podor. Además tomaremos precauciones. —Y con energía —: No discutamos más este punto. Continuaron avanzando en silencio, protegidos por la sombra de los grandes árboles, hasta situarse en el límite de la vegetación a unas siete yardas de la hoguera.

Lejumba y el otro se miraron. Era la contraseña para lanzarse al ataque.

En dos saltos se plantaron frente al grupo con la pistola amartillada y una siniestra sonrisa en los labios.

La sorpresa fue total.

—¡Queeeeé….!

MacNicol parpadeó trágicamente pasmado.

—¡Bonita reunión! —roncó Lejumba, ferozmente divertido—. ¿Nos esperabais tan pronto?

—Vo….vosotros —tartajeó el pendolista.

—Escapamos de una trampa, ¿sabes? Fue a consecuencia de un chivatazo que nos vamos a cobrar ahora.

Rampling, que adivinaba lo que iba a ocurrir, soltó la carcajada.

—Os avisé, muchachos —dijo—. Os van a enterrar junto a estas viejas acacias… ¡Diantre! ¡No podían encontrar mejor estiércol!

MacNicol se desentendió del lord buscando la forma de engañar a Lejumba. Pensó que lo mejor era hacerse de nuevas.

—¿Qué habla este loco? —gritó—. Celebro que hayáis llegado, Lejumba.

—¿Por?

—Pagaros los diez mil dólares. Continuamos siendo socios, ¿no?

—¡Digo! —replicó el alfarero riendo—, para ataros una piedra al cuello y ver cómo flotáis en el rio.

—¡Ehhh….! Hablarás en bro….ma.

—En serio.

MacNicol palideció. Aunque no sabía por qué el comisario de Podor les había soltado, sospechaba que el marido de Fátima y Gehal Alí se habían olido la traición. Los dos le miraban con ojos asesinos.

Pensó que en aquellos momentos lo único importante era salvar el pellejo.

—Partiremos el dinero —balbució—. Un mi….llón para cada uno.

—No partiremos nada.

—Danos al menos medio millón.

—¿Para qué? —graznó el granuja—. Los muertos siempre viajan con los bolsillos vacíos.

A partir de aquí la conversación era inútil.

Todo ocurrió rápido. MacNicol y Keats determina ron que era mejor jugarse la vida que dejarse matar impunemente. Sonaron seis detonaciones….

Las balas zumbaron por encima de la cabeza de los ingleses que se habían echado en plancha al suelo. Reptando como lagartos consiguieron replegarse hasta los árboles próximos que constituían un magnífico parapeto.

—¡Maldita sea su alma!

Gehal-Alí estaba rabioso, ya que, desde un principio, se había mostrado contrario a cualquier tipo de conversación con los que ahora se escondían entre los árboles cuando tan fácil hubiera sido eliminarlos por la espalda, al sorprenderlos sentados alrededor de la hoguera.

—¡Maldición! —gruñó Lejumba verde de cólera—. ¡No escaparéis de nuestras manos!

Capítulo VIII

ENFRASCADOS en esta lucha a muerte, tanto los ingleses como los moros mauritanos se olvidaron por completo de lord Rampling que vio ante sí una oportunidad para escapar.

Al menos tenía que intentarlo.

Reptó despacio hacia la hoguera…, las llamas, afortunadamente, eran débiles. El borde estaba sembrado de brasas y tizones humeantes… Aun a riesgo de quemarse, intentó acercar las muñecas a los ígneos tueros para chamuscar la cuerda y poder romperla de un vigoroso tirón.

Tras numerosos intentos y alguna cruel quemadura, lo consiguió.

Pero, mientras esto ocurría, el tiroteo entre Lejumba y MacNicol continuaba en todo su apogeo. Sin embargo, debido a la oscuridad y al nerviosismo que dominaba a los dos bandos, no conseguían matarse, pero sí gastar la escasa pólvora de que disponían. El percutor de las pistolas empezó a fallar y a golpear el vacío….

Ninguno de los cuatro granujas se había movido de la proximidad del poblado porque nadie pensaba abandonar el terreno dejándose atrás los millones de sus víctimas. Al contrario, ahora más que nunca estaban dominados por la fiebre del oro, y a cualquiera de ellos le cabía la esperanza de no tener que repartirlo con nadie si llegaba en solitario hasta el final.

El exterminio formaba ya la base del sistema.

Al no servirles las pistolas se buscaron entre la maleza, que el resplandor lunar vestía de sombras….

Se eliminarían en una lucha primitiva y feroz, cuerpo a cuerpo….

Gehal Alí consiguió aproximarse al escondite donde se encontraba agazapado Jeff Keats con una afilada navaja en la mano que esperaba

hincarse en el cuerpo de sus enemigos. El «levantador de muertos» no se movía, protegido por una cortina de bejucos….

Pero el terrible moro conocía el bosque como la palma de su mano y además tenía vista de lince. Así que le resultó fácil localizar al estafador de casinos, cuyo refugio natural no era el campo sino la jungla de asfalto de una gran ciudad.

Con una hábil maniobra se situó a espaldas del inglés.

—¿Cómo quieres morir, fideo? —le preguntó chorreando sadismo—, ¿Desnucado?

El tahúr esgrimió la navaja revolviéndose como una pantera… Esto no lo había previsto Gehal Alí.

Empezó el tanteo mortal entre ambos. A cada embestida de Keats, el moro saltaba atrás esquivando el acero homicida. Persiguiéndose de esta suerte se acercaban a la hoguera que crepitaba lúgubremente.

—¡Deja de huir, cobarde! —gruñó Keats bajo la excitación de la lucha y exasperado por los saltos y retrocesos del mauritano.

Su alegría duró poco, ya que en una de estas fintas, Gehal Alí consiguió aferrar la mano armada de su enemigo, cosa que venía buscando desde el mismo momento que empezó el combate.

—¡Ya eres mío, pichón! —ladró, victorioso.

Le retorció la muñeca cruelmente. Keats gritó de dolor y soltó la navaja, que el moro alejó aún más del lugar, propinándole una fuerte patada. Voló por el aire.

Se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo.

La lucha desigual donde el moro se divertía horrores. Keats se revolcaba continuamente por el suelo a consecuencia de los puñetazos que recibía. No le valían las trampas porque el otro era tan sucio como él y se las devolvía multiplicadas.

Totalmente desfigurado por los golpes, el «levantador de muertos» supo que había llegado al fin de su carrera….

En efecto. Gehal Alí le atenazó la garganta con el brazo que apretó poco a poco… Disfrutaba como un condenado.

—¡Saca la lengua, pichón! —le alentaba bestialmente—. ¡No seas tímido!

—¡Auggg….!

—Despacito, sin prisas….

La asfixia fue apoderándose del inglés. El infeliz intentaba respirar sin conseguirlo, porque los músculos del pecho no tenían fuerza para romper el tapón de la garganta.

Y sacó la lengua, tal y como deseaba su verdugo, aunque cada vez más gruesa y azulada….

—Tranquilo, tranquilo….

Los ojos de Keats se fueron escapando de las órbitas y vidriándose a la luz de las últimas llamas.

Finalmente, entró en un estertor agónico y quedó rígido.

Gehal Alí aflojó la presión del brazo y dejó caer a su enemigo que dobló las rodillas como un muñeco roto.

Estaba muerto.

El moro respiró despacio, exclamando:

—La palmó en seguida como un miserable pájaro. ¡Bah! ¡Una mier… de tío!

Casi en el acto, los gritos triunfales de MacNicol le alertaron dándole a comprender que estaba pudiendo con Lejumba.

Se lanzó inmediatamente en la dirección de las voces para prestar ayuda a su compañero, y pasó como una exhalación por delante de la tienda donde se había refugiado Rampling después de cortar las ligaduras.

El pendolista, que se defendía con un palo, había acertado la cabeza de Lejumba que retrocedía tambaleándose….

Gehal Alí saltó por sorpresa a la espalda del inglés.

—¡Maldi….! —barbotó el agredido, intentando re volverse y hacer frente al ataque trapero—, ¡Puer….co!

Pero el moro era un virtuoso de la presa de garganta, que resultaba siempre mortal para sus contrarios. Aunque más fuerte que Jeff, tampoco MacNicol pudo romper la llave asesina.

—¡Despacio, hombre…, despacio! —gritaba el moro—, ¡Tómatelo con calma….! Tienes todo el tiempo del mundo para morir.

—¡Grrr….!

—Nadie te da prisas.

El rostro del pendolista fue repitiendo la grotesca máscara que antes protagonizara Jeff.

Por su parte. Lejumba se estaba recuperando del golpe recibido. Respiraba con fuerza y observaba con creciente atención como la muerte se estaba pintando en las facciones de MacNicol, así como el esfuerzo que realizaba Gehal-Alí para evitar que el inglés se librase de la tenaza que tenía que bajarlo al sepulcro.

El momento no podía ser más tenso ni dramático, pero también

resultaba óptimo para quedarse solo en el campo de batalla y no tener que repartir el dinero con nadie.

Gehal Alí, que observaba la larga lengua de su víctima, un tanto blancuzca, murmuró: —Tenía el estómago sucio….

Lejumba no se lo pensó más. Cogió una piedra de regular tamaño y se lanzó con ella en la mano contra la nuca de su compinche.

Se oyó un chasquido brutal como de vértebras rotas. A continuación, el moro y MacNicol se desplomaron al unísono porque al unísono emprenderían también el viaje a los jardines de Alá.

Eran dos cadáveres.

Lejumba soltó una carcajada horrible, llena de ambición y propia de locos o de grandes criminales.

¡Dos millones de francos para él solo!

Dentro de unas horas se largaría para cualquier país del golfo de Guinea para que la policía senegalesa no le molestase… ¡y a disfrutar la pasta gansa!

Lentamente, se encaminó-a la hoguera donde estaba la botella de ron. Se largaría un trago, y otro, y otro… Sentía escalofríos en la espalda.

Intentó avivar las llamas, echando más leña a la lumbre….

Luego se sentó, pero….

—¡Hola, amigo!

—¡Ehhh….!

Por poco se traga la botella que estaba empinando.

Miró a Rampling como un aparecido ya que se había olvidado por completo de él.

—¿No me conoces cornudo?

—¿Có… m o te has libera….do? interrogó, tartamudeando.

—Fácil, quemando las ligaduras.

—¿Es posible?

—Ya lo ves —Rampling se rió a continuación reviviendo recuerdos próximos. Inquirió con reluctancia—: ¿Cómo sigue Fátima, tú bella esposa?

—Bi….en.

—¡Digo! No todos los granujas tienen la fortuna de poseer una mujer tan cotizada como la tuya, ¡por los pendientes de Alá! Ninguno iría a robar por esos campos. ¿No te parece, Lejumba… amor?

Los colores habían huido del rostro del moro. Cuando menos se lo

esperaba surgía ante sus ojos un formidable obstáculo capaz de destruir su felicidad futura, de impedir tan sólo llegar a ella.

Tampoco se forjaba ilusiones en una lucha abierta con Rampling ya que conocía bien sus puños. Llevaría las de perder

—¿Qué quieres? preguntó borrosamente para decir algo.

—Hombre.

Le pareció encontrar una coartada.

—Si buscas dinero no lo tengo.

—¿No?

—Se lo llevó la hechicera.

—*Ho la lá*. —se burló Rampling—. No me digas que trabajas para los ancianos del pueblo buscando la manera de agradar a Alá.

—Piensa lo que quieras.

—No me lo creería.

—Es la verdad.

Rampling se acercó un poco más a las llamas.

Calculó que para llevarlo preso ante las autoridades de Podor tendría que darle una paliza, ya que no querría acompañarle de buen grado. En el fondo, no le disgustaba. Se la merecía por todo lo que le había hecho en compañía de MacNicol.

El cerebro de Lejumba marchaba por otros caminos. Pensó que sólo podría vencer al inglés si conseguía con fiarlo y, en un momento dado, atacarle traidoramente y por sorpresa.

Estaban separados unos seis pasos y se miraban fijamente. Lejumba vio la oportunidad ¿por qué esperar más?

Desvió el rostro en dirección al río y ahogó un grito de asombro….

El lord cayó en la trampa.

Buscando la mirada del moro no vio como la botella de ron salía disparada de las manos de éste y, aun que intentó esquivarla con un centelleante reflejo, no pudo evitar que le golpeara en la sien….

Notó flojedad en las rodillas y que una sutil niebla se apoderaba de su cerebro girando en círculos con céntricos….

Escuchó el alarido de victoria de su contrincante y como una sombra gigantesca se abatía sobre su persona riendo bestialmente.

Intentó apartarla con la mano, pero no pudo conseguirlo. No tenía fuerza para nada. Oyó:

—Me creías vencido, ¿eh? ¡Miserable estúpido….! ¡Ahora verás quién es Lejumba!

En un esfuerzo supremo, Rampling consiguió ladearse cuando una navaja le buscaba el corazón….

—¡Perro! ¡Tienes el pellejo duro! ¡Por Alá! —Y con rabiosa furia—: ¡Te coseré a puñaladas!

Alzó de nuevo el brazo, pero no consiguió abatirlo, al menos como él quería.

Sonó una detonación, y luego otra….

Lejumba Pasha quedó inmóvil, como herido por un rayo; luego, se estremeció de cabeza a pies. Finalmente, con el rostro bañado en sangre, se desplomó junto a las llamas.

Un olor fétido, a carne quemada, se esparció por el monte….

Rampling, que salía de su semiinconsciencia, vio a una mujer que esgrimía un rifle a pocas yardas del bosque.

La reconoció en el acto.

—¡Fátima!

Sí, era ella

Pero la mujer se limitó a mirarle como si comprobara si el inglés podía valerse por sí mismo.

A la luz de la luna semejaba un fantasma bellísimo y… providencial.

Luego dio media vuelta y se hundió en la espesura del bosque con ánimo, sin duda, de desaparecer para siempre de la vida de milord.

—¡Fátima….! ¡Fátima!

El aristócrata que había intentado correr tambaleándose, se detuvo. Fátima Al-Mahia no quería eso. Por tal motivo se fundió con la maleza sin dirigirle palabra ni contestar a sus invocaciones….

Cualesquiera que fuesen los motivos que la indujeran a asesinar a Lejumba Pasha —y Rampling creía que lo hubiera asesinado de todas maneras antes de convertirse en su esclava—, no podía olvidar que le debía la vida. Si no llega a ser por aquel ángel de Sáhel ahora estaría desangrándose y a punto de ser devorado por las hormigas.

Se olvidó del dinero que había entregado a Shiraz unas horas antes y que ahora pasaría a manos de la última sobreviviente, y también la más extraordinaria: Fátima Al Mahia.

Su vida valía muchísimo más que esto.

Sin saber por qué —o tal vez por todas estas cosas—, Rampling perdió afición por la apuesta que tenía con Attenborough. Ya no le importaba encontrar aquel «cementerio de marfil» tan engañoso como fantástico.

Las apuestas entre ellos siempre habían sido así: meras jugadas de ingenio.

Había una forma de romper la apuesta siempre que el otro aceptase. Era una cláusula penal aceptada de común acuerdo. Tal vez la invocase.

Faltaba poco para amanecer.

Sonrió para sus adentros.

Pensaba que Fátima los había engañado con el cuento del adulterio y del padre vengativo y fanático, él podía rematar el engaño embobinándose el millón que pagaría Martin a la bruja Shiraz dentro de unas horas. La anciana tendría que soltarlo. La obligaría.

Lentamente se separó de la aldea fantasma….

Ignoraba, sin embargo, que los malignos ojos de la hechicera habían contemplado todo el drama que se había desarrollado entre las tiendas del poblado solitario. Ella había visto las escenas de violencia y de crimen que culminaron con la muerte de Lejumba Pasha.

Esta última la había puesto furiosa.

—¡Fátima! —murmuró, amenazándola con los puños cerrados—, ¡Mujer maldita!

Capítulo IX

DOS días después de estos sucesos, corrió por la población de Podor la noticia de la muerte de Fátima Al Mahia. En el poco tiempo que llevaba en la ciudad su belleza había llamado la atención de muchos.

«Misiú», el guía sarakolé, lo comentó en el hotel francés.

Rampling escuchó la noticia en silencio: en un extraño silencio para disimular su turbación interior. Incluso había palidecido.

—¿Puede una mujer ser tan bella como dices? — interrogó con voz ronca.

—Oh, sí… Effendi. Mucho, mucho….

El lord miró al abogado. Attenborough permanecía también como concentrado en sí mismo, violento….

—¿Qué opinas tú, Martin?

—Hummm… gruñó sombrío. Y con marcado interés—: ¿Se sabe de qué murió esta mujer?

—De una puñalada por la espalda.

—¿Quién fue el asesino?

—Suponen que un tal Lejumba Pasha, un granuja….

—¿No le han echado el guante?

—Ha desaparecido sin dejar rastro.

Attenborough sin darse cuenta de que era atentamente observado por el lord tensó las mandíbulas.

Desde su punto de vista, e ignorando lo que sabía Rampling, tenía que admitir que el miserable Lejumba le había engañado ya que se quedó con el millón y luego mató a Fátima.

No había cumplido el trato.

Sintióse enfurecido.

Rampling abandonó la cerveza que tomaba. Dijo:

—Un crimen pasional sin duda. ¿Opinas lo mismo?

—Me gustaría echar la vista sobre ese Lejumba.

—¿Le matarías?

—¡Como un coyote!

También Rampling hubiera pensado lo mismo de no habérseles adelantado la infeliz Fátima en la aldea fantasma.

—Siento curiosidad por este suceso.

El otro le miró fijamente.

—¿Curiosidad….? ¿Te gustaría ver a la muerta?

—Para salir de dudas. Sé que algunas moras son de una belleza excepcional —y sin solución de continuidad-. ¿Qué te parece? ¿Me acompañarías, Martin?

—¿Por qué no?

Rampling se encaró con el negro.

—¿Dónde está el cadáver?

—En la jefatura de policía.

—Vamos.

Afortunadamente para los ingleses, el comisario es taba fuera de la ciudad y no les molestaría hablándoles de la denuncia que MacNicol presentara días antes invocando el nombre de James Rampling, y por cuyo motivo continuaban presos Mohamed y Ben Tarik.

Un agente vestido de uniforme les acompañó a los sótanos de la jefatura y retiró el lienzo blanco que cubría el cuerpo de la víctima.

Preguntó:

—¿La conocían ustedes?

—No creo —mintió el aristócrata.

Attenborough se había puesto blanco.

—¡No!

Como quiera que había muerto instantáneamente, Fátima estaba muy bella aun en la rigidez de la muerte.

Rampling sospechaba que el autor del crimen no era otra persona que la malvada hechicera que quiso vengar la muerte de Lejumba Pasha. Los dos habían sido grandes amigos en vida. Tuvieron sus «negocios» en común por espacio de muchos años. Viéndola muerta, Rampling todavía disculpaba más a Fátima. Pensó que la culpa de su ambición había que buscarla en el sórdido ambiente que desarrolló su

vida siendo como era una mujer extraordinaria.

Pero, por encima del bien y del mal, el rostro de la difunta parecía —lejos de las pasiones humanas— el rostro de un ángel.

Attenborough, que ignoraba la verdadera historia de la muerta, lo pasaba peor, considerándose víctima inocente del fatalismo y la intolerancia de tantos malditos ayatollás como había desperdigados por el mundo.

Sintió asco de vivir.

* * *

Cuando regresaron a la calle, el cielo estaba azul y el Senegal brillaba como una cinta de plata.

Captando el estado de ánimo de su compañero, Rampling deslizó:

—No somos nadie, camarada.

—Por supuesto.

—Así termina la juventud y la belleza.

—Por desgracia.

—Y que lo digas. El cadáver de esta desconocida me ha puesto filosófico porque reflejaba una gran par te de la tragedia humana. ¡Somos peor que lobos! —Y con indignación—: ¡Crimen pasional….! ¿Todavía persiste esta barbarie individualizada?

—Parece.

—¿Sabes qué te digo, Martin?

—¿Qué?

—Gustosamente dejaría para otra ocasión el hallazgo del «cementerio de marfil».

—¿De veras?

—Africa se me ha indigestado —señaló—, aunque tú puedas pensar otra cosa. Attenborough se encogió de hombros. Les sobraba tiempo y dinero para variar los planes o hacer toda clase de arreglos sobre la marcha.

No obstante, murmuró:

—Ya conoces nuestras reglas de juego.

—Oh, sí —admitió Rampling, sonriente—. Cuando se aplaza una apuesta el que la aplaza queda penalizado.

—Si el otro está de acuerdo —le recordó el abogado.

—Ya, ya… ¿Qué te parece medio millón de francos?

—¿Francos…? ¿Por qué no libras?

—¿Quieres arruinarme? Además estamos en el área francófona, y yo te hablo de francos franceses no de la CFA.

Attenborough, que pasaba por un momento muy bajo, volvió a encogerse de hombros.

—Acepto.

Rampling murmuró:

—Así me ahorro medio millón.

—¿Qué dices?

—Hacía cálculos para mí mismo —repuso Rampling—, no me hagas mucho caso. Ojalá el próximo viaje me vaya mejor.

—El futuro dirá.

* * *

Dos semanas después, el yate de James Rampling abandonaba San Luis que el general Faidherbe había convertido en una de las más florecientes ciudades africanas de la época. De nuevo rumbo a Inglaterra.

A pesar de todo lo dicho cara al futuro, era probable que el manuscrito del falso Philippe Moráis quedara tan enterrado para siempre como el cuerpo del sujeto que lo escribió por cinco mil libras esterlinas y que le valieron una tumba en un bosque del Senegal conjuntamente con otras personas.

Triste final.

Lord Rampling repartió gran parte del otro medio millón de francos que le quedaban de Attenborough entre los porteadores negros. Especialmente fue muy magnánimo con las jóvenes peuls, cuyos redondos y aromáticos pechos le habían alegrado los ojos por espació de varios días.

Las dos negritas se quedaron llorando en los muelles sanluisinos mientras el *Ramp* avanzaba hacia el mar libre….

FIN

(El "pierde kilos")

«SUPER VOG»

Cinco minutos de VOG equivalen a 10 km. en bicicleta o 5 a pie. Con ello será suficiente para perder esa fea barriga y obtener la figura deseada. Se acompañan instrucciones para realizar los más variados y sencillos ejercicios. Especial para hombres y mujeres.

Caballero Rfa. 1 164 **650,— Ptas.**
Señorita Rfa. 1 115 **590,— Ptas.**
"SUPER" Rfa. 2 177 **950,— Ptas.**

LAMPARA MAGNETICA DE COCHE

Utilísima práctica lámpara auxiliar de coche, dispone de un cañete interior donde se enrolla el cable y una potente fijación magnética que permite colocarla en el lugar más adecuado. 12 V y 3 metros de cable, toma la corriente en el encendedor de su coche. LA LUZ MAS PRACTICA DE SU AUTOMOVIL. Lámpara magnética de coche.

Ref. 2069
por sólo **750.- pts.**

(93) 303 10 22
(93) 308 83 03

CUPON DE PEDIDO A PRUEBA

SI EN EL PLAZO DE 8 DIAS, NUESTROS ARTICULOS NO LE SATISFACEN PLENAMENTE, LE GARANTIZAMOS LA DEVOLUCION DE SU DINERO.

REF	ARTICULO	PRECIO
	GASTOS DE ENVIO	200
	IMPORTE TOTAL	

☐ PAGO A REEMBOLSO
☐ PAGO EN SELLOS DE CORREOS

Nombre _____ Edad ____
Domicilio _____
Población _____ Dto. Postal ____
Provincia _____

BAZAR POPULAR - Apartado 14 020 BARCELONA

EQUIPO GIMNASIO

Usando cinco minutos diarios estos aparatos de entrenamiento superior, es muy fácil conseguir una impresionante musculatura de atleta, que le hará ganar la admiración de todas las mujeres, y el respeto de todos los hombres.

GIMNASIO INDIVIDUAL 5 PIEZAS

Barra de Torsión - Juego de Puños de Fuerza - Super Vog - Tensor de gomas o muelles.

Rfa. A 201 Ptas. **2.550.-**

GIMNASIO INDIVIDUAL 4 PIEZAS

Barra de Torsión - Juego de Puños de Fuerza - Super Vog.

Rfa. A 202 Ptas. **1.950.-**

8 410018 007410

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

NOTAS

[1] Persona que escribe con gran destreza y maestría de rasgos.

[2] Reciben este nombre los libros impresos con anterioridad al siglo XIV.

[3] Vino de Jerez.

[4] Niebla, a veces tóxica.

[5] Viento abrasador característico de los desiertos de Africa y de Arabia.

[6] Especie de monje musulmán.

[7] Noveno mes del año mahometano. Se observa riguroso ayuno.

[8] Convoca a la oración desde la torre de la mezquita.

[9] Tienda cónica, característica de las tribus nómadas.

[10] Extracto de opio.

[11] 18 metros, aproximadamente.